

Mari en la tierra

DIARIO DE UN PERSONAJE



Julio Medem



Y Dramatis Personae



MARI / Silke



ÁNGEL / Carmelo Gómez



ÁNGELA Emma Suárez



PATRICIO Karra Elejalde



ALBERTO Nancho Novo



MANUEL J. J. Suárez "Paquete"



CHARLY Ricardo Amador



ULLOA Pepe Viyuela



ÁNGELA HIJA Ane Sánchez



TOMÁS Txema Blasco



TÍO DE ÁNGEL Miguel Palenzuela

ICÓMEME EL CORAZÓN!

Buscando a Mari imaginaba a una actriz muy distinta a Silke. Ahora lo veo clarísimo: imaginé mal al personaje. En la primera versión del guión de 'Tierra' (titulado, por cierto, 'Mari en la tierra'), el personaje de Mari estaba construido a la medida de las necesidades dramáticas de Ángel, el protagonista. Mari era una sierva del guión. Y por qué no, pensé. Era ninfómana, calculadoramente seductora, un animal de fotogenia, atractiva, fría, mala, turbadora, una máquina de atracción perfectamente justificada en la historia..., pero yo no conocía su corazón. A pesar de esto, ya en aquel primer guión, justo en la mitad, había una frase que me estaba esperando: "¡Cómeme el corazón!", dice Mari al encontrarse con los ojos de Ángel entre las rendijas de la persiana de su dormitorio. ¿Por qué había escrito aquello si no me pareció importante entrar en Mari?... Era sólo una egoísta caprichosa que jugaba a tener sentimientos. Pero yo sabía que fingía.

Al conocer a Silke comprendí que mi Mari merecía más atención. Vi en ella, la actriz, toda la presencia que buscaba, pero su personalidad contradecía el carácter del personaje. Así que elegí a Silke

a la contra de Mari, con la intuición de encontrar en los sentimientos de su persona la sustancia profunda del personaje que debía encarnar. Mari ya no sería porque sí servicio de los demás. Merecía un conflicto íntimo y secreto, algo muy personal que se prestara a pasar por la película, pero que, si viniera al caso, pudiera independizarse, incluso escaparse, del contenido de la historia. Mari se ganaría una vida tan humana y contradictoria como la del absorbente Ángel.

A los diez días de confirmar a Silke que interpretaría a Mari (su primer trabajo en el cine) comencé a escribir este diario. En principio lo hice para mí, sin otra intención que la de comprender al personaje y fabricarle ese corazón que Ángel se debería comer en la pantalla, pero en seguida descubrí que estaba creando el otro costado de 'Tierra'. Una mirada tan subjetiva como la de Ángel.

Durante más de dos meses dirigí los ensayos de Silke guiándola exclusivamente a través del diario. Cada noche ella me memorizaba un día nuevo de su vida en "tierra", y a la tarde siguiente me lo contaba con la misma soltura y desparpajo que el personaje de Mari. Yo la asaltaba a preguntas mientras la grababa en vídeo. Con sus respuestas podría haber escrito una segunda versión del diario, profunda y llena de recovecos en los que Silke se instaló en seguida, impregnando con su vitalidad a Mari.

Lo que escribí mientras ensayábamos fue la adaptación cinematográfica del diario. Titulé el guión 'Mari en la tierra' y planteé a mis productores la posibilidad de rodar, al mismo tiempo, dos películas complementarias. 'Tierra' se rodaría tal y como se estaba preparando, y 'Mari en la tierra' aquellos días en los que Mari y Ángel compartieran secuencia. Se trataba de que una segunda cámara, en blanco y negro (súper 16 mm), rodara al mismo tiempo desde otro ángulo y con un gesto más impulsivo. Al terminar el rodaje de Tierra, un equipo reducido de unas diez personas nos quedaríamos a rodar, en dos o tres semanas, aquellas secuencias de 'Mari en la tierra' en las que no aparece el personaje de Ángel. Veía la película de Mari rodada con cámara al hombro, nerviosa e imperfecta. La productora no quiso asumir el proyecto y la película de Mari no existe (ni existirá).

En cualquier caso, 'Tierra', la película de Ángel, creció gracias a la nueva personalidad de Mari, a su diario y al proyecto de su película. En la escritura definitiva del guión de 'Tierra' aparecen los cambios surgidos tras los ensayos, no sólo con Silke sino también con el resto de los actores. Con Carmelo Gómez estuve ensayando durante dos meses, al principio por separado y luego juntándole a Silke, primero, y después a los demás.

Pero el guión de 'Mari en la tierra' también se ha infiltrado en el texto que le dio origen, ya que la versión definitiva del diario, esta que aquí se publica, no sólo se apropia del título del guión, sino que en ella he introducido algunas ideas visuales que tuve que inventarme para la adaptación en cine, y que ahora, reconvertidas en forma literaria, amplifican el mundo imaginario de Mari.

Ahora que ha pasado el tiempo, que físicamente existe una pe-

lícula titulada 'Tierra' y que he tenido la fortuna de que me publiquen este libro, veo que las cosas no están en el mismo sitio donde las puse, dos años antes.

Mirando hacia adelante veo que casi nada de lo que haré será lo que ahora imagino, es decir, el resultado apenas se parecerá al proyecto, y no me parece mal. Yo me encontré con Silke cuando buscaba a otra persona. Sin darse cuenta, ella ha mejorado mi película y me ha sacado de dentro un personaje que yo no sabía que tenía.

Julio Medem 23 de diciembre de 1996

EL OTRO COSTADO DE 'TIERRA'

Este diario está escrito para los actores que vayan a interpretar 'Tierra' (aunque también puede ser útil para todos los que van a trabajar en la película). Su finalidad exclusiva es la de ampliar el mundo sicológico de los personajes, fundamentalmente el de Mari, ya que ella, desde la mirada de su propio conflicto sexual, representa el otro costado de la historia cósmica que nos cuenta Ángel.

Mari escribe en primera persona desde ese terreno en el que tienen lugar las emociones y acontecimientos que tanto Ángel como el futuro espectador no llegarán a ver nunca, aunque sí intuir, ya que han de quedar sugeridos en la película en clave de enigma.

La película 'Tierra' expresa, desde el conocimiento de Ángel, el desconocimiento de Mari. Desde su cosmos sonoro e infinitamente visible, nuestro protagonista divisa la tierra, quiero decir la mitad de ella. Ángel debe ampliar sus conocimientos sobre este lugar que todos pisamos, para librarse de su complejidad. Su falta, esa mitad que no conoce, está representada por Mari, que es la esencia del misterio de la película.

El diario de 'Mari en la tierra' narra lo contrario. Mari, desde el

centro de su excitada sexualidad, con sus botas que la sujetan a cualquier parte, cuenta su desconcierto, fascinación y temor por el mundo invisible de Ángel. Habla así de lo que él no enseña al resto de los terrícolas, es decir, dé su misterio particular.

Gracias a este diario descubrimos cómo se le puede ver a Ángel desde fuera. Caben muchísimas formas de hacerlo, pero ésta es una de ellas. Para mí ha sido especialmente útil, ya que me ha permitido cambiar mi punto de vista y descubrir otra de las posibles tramas de relaciones y sentimientos que insinuadas en el guión de 'Tierra'.

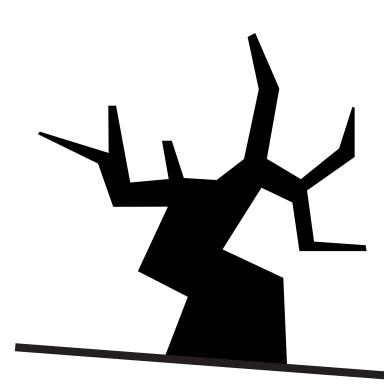
Lo que me gusta de la existencia de este diario es que complementa la visión del guión. Y que ambos son las miradas subjetivas de dos personajes en trance de buscarse, encontrarse y seducirse. La historia de amor entre Ángel y Mari es la misma que da fuerza y sentido a cada una de sus narraciones, en primera persona. Ambas son los costados de una historia común situada entre las estrellas y la cochinilla, entre la imaginación y la realidad.

El cosmos es a 'Tierra' lo que el sexo es a 'Mari en la tierra'. Y la angustia ante el fenómeno vida-muerte de Ángel es equiparable al complejo que siente Mari por no haberse enamorado nunca. Para encontrarse, ambos deberán abandonar esos lugares oscuros que habitan en solitario y que son la fuente de sus respectivos conflictos. El mar, al final, será el mismo para los dos y representará ese mundo intermedio en el que podrán vivir juntos. Amarse.

Julio Medem San Sebastián, 13 de noviembre de 1994.

Mari en la tierra

DIARIO DE UN PERSONAJE



A Ángela, la mujer más hermosa de la tierra MARI

Quiero convertirme en una escritora de éxito, pero no sé escribir. Así que voy a comenzar aquí mismo un diario con el fin de soltarme. No me debo preocupar por el estilo. Me importa una mierda mi literatura. Sólo necesito ser sincera, es decir, poner cualquier cosa. Eso incluye mentir.

Voy a empezar con frases cortas. Y me niego, me lo propongo desde este instante, a corregir lo que escribo. Todo me vale por ahora, aunque sea horrible. Eso estoy diciendo en realidad. Voy a escribir horriblemente, o ¿qué más da escribir mal con tal de estar aquí, sentada ante un papel diciendo lo primero que se me ocurre?...

Puede que poco a poco comience a controlar lo que escribo, a notar su sentido, pero ahora sería una traba espantosa. Un coñazo. No tengo prisa. Y como tampoco sé muy bien a qué debo tener respeto, pues... ¿por qué tenerlo? Así que soy libre. Me encuentro bien.

Otra cosa... Me niego a pensar antes lo que escribo. No quiero saber de antemano de qué voy a hablar. No vale preparar las ideas. Pretendo no mirar hacia delante, no saber hacia dónde voy, sólo sorprenderme, viajando por lugares en los que no he estado nunca. No quiero saber nada de lo que me espera.

Eso me encanta.

Me gusta haberlo dicho, era necesario para empezar. Ya veremos si lo cumplo.

Es la primera vez en mi vida que escribo de seguido y sobre mí. Sólo espero pacientemente a llegar, dentro de diez años (aunque da igual, quizá dentro de treinta), a convertirme verdaderamente en una escritora leída por millones de personas.

Empiezo.

30 de agosto

Soy Mari.

Tengo diecinueve años y necesito urgentemente cambiar de vida. ¡Voy a cambiar de vida! Y de persona. Dificilísimo. Para eso me tengo que borrar, borrarme años. Me creo tan jodidamente lista que siento que mi cabeza es mucho más vieja que yo. ¡A la mierda conmigo!

Esta mañana he llegado en tren a Vitoria. A las siete y media. Hacía muchísimo calor en el compartimento, así que he pasado toda la noche sudando y sin poder pegar ojo... Apenas he hablado y mirado a las siete personas que sudaban, hablaban y hasta dormían a mi alrededor. A medianoche un hombre sentado enfrente se hacía el dormido con los ojos entreabiertos para contemplarme. No le he provocado. Mi postura intentando dormir ha sido la más normal que me ha salido, aunque no puedo evitar sudar y que la camiseta se me pegue. Es verano y no llevo sujetador.

Si de verdad quiero ponerme las cosas fáciles, creo que no debería haber viajado con una camiseta tan corta. He tenido que cruzar los brazos para no enseñar tanto la tripa. Me he dicho entonces que cuando llegue a casa de mi hermano voy a hacer lo posible por buscar ropa que no me siente tan bien. No quiero verme atractiva. Ése puede ser el primer paso.

iCómo adoro a mi hermano! A pocos kilómetros de Vitoria le he visto por la carretera. Hacía dos años que no le veía. Iba sobre su vieja moto y, al ver mi tren, ha acelerado para no llegar tarde. Me he puesto a llorar en silencio en mitad del pasillo, al lado de ese pesado de mi comparti-miento. Antes había intentado hablar conmigo pero yo no le he contestado. Su voz era tierna y amable.

−¿De dónde eres?

Supongo que mi silencio le habrá flipado aún más, pero esa no era mi intención.

—¿Te bajas luego en Vitoria?

Y luego, al verme llorar, seguro que ha pensado que tenía una coartada para acercarse mucho a mí. Ya se había afeitado pero olía a dormido.

—¿Te pasa algo?... ¿Puedo ayudarte?

Sin dejar de mirar por la ventana le he quitado una mano caliente que había puesto sobre mi hombro, no me fío de la mierda paternal. La carrera de mi hermano con el tren, totalmente entregado, por mí, me ha parecido un saludo lleno de fuerza y amor, como todo él. Me sentía tan feliz, tan agradecida, que no podía parar de llorar.

Sólo cuando hemos entrado en la ciudad y he perdido su moto de vista, me ha venido esa sombra de la que estoy escapando. Jamás escribiré sobre ella. Han sido las putas calles y las putas casas de ciudad las que me han traído el puto recuerdo. Ese asco que nunca más volveré a comer.

Alberto estaba justo delante de la puerta de mi vagón, recibiéndome con una sonrisa que nunca olvidaré. Por eso aquí también lo dejo bien escrito: iNunca la olvidaré! Tiene buena cara el cabrón. El campo le está sentando de maravilla.

Me dio un abrazo lleno de besos que estoy segura de que no notó que había llorado. La puta ciudad me había secado las lágrimas. El tipo de la voz tierna pasó a nuestro lado, pensando que si había sido muda para él era porque me estaba reservando para alguien infinitamente mejor. Ya que pudo entenderlo así, pensé que le debía algo.

—iAdiós, voy a cambiar de persona! —dije mirándole muy sonriente.

Él asintió con otra sonrisa, y como estaba tan claro lo que imaginaba, le di a mi hermano un enorme beso de novios. Admito que he disfrutado del beso pensando aquel desconocido se estaba muriendo de envidia por Alberto.

Llevamos más de una hora de viaje en moto. Voy detrás, abrazada a la cintura de mi hermano. Tiene quince años más que yo pero se conserva bien, delgado, con la tripa dura. Después de una sierra preciosa, llena de árboles, comienza un paisaje extraño, de colinas de tierra roja con viñas cargadas de hojas verdes. Es la primera vez que vengo y no sé por qué las cartas de mi hermano nunca me habían descrito estos campos. Luce un sol espléndido pero aún es temprano para que haga calor. Pienso que he hecho bien en volver a abrazarme a mi hermano. Voy a dejar que me ayude. ¡A ver qué hace! Algo se le habrá ocurrido.

Me he pasado a hablar en tiempo presente. Se me da mejor, y además esto ha ocurrido por la mañana. Ahora es de noche. Estoy sola en casa. Mi hermano está currelando en el bar que tiene en el pueblo. Yo no estoy para bares ni copas.

La casa está muy aislada. Alrededor se ve un enorme barbecho de tierra roja, muy desolador. El único verde crece en la parte de atrás, donde Alberto tiene plantada su maría. Es una casa pequeña, de una sola planta, y fina. Quiero decir delgada, que se la puede llevar el viento. O quizá la haya traído el viento de la sierra. Quedaría bien en medio de un bosque de hayas, dentro de un cuento. Sí, dentro pondría a una chica guapísima, a una auténtica bruja.

He decidido no hacer nada en todo el día. No me he aburrido pero tengo miedo de no entender qué hago aquí. Hasta ayer mismo y durante todo el viaje lo he tenido tan claro, que me niego a defraudarme. Lo que he venido a hacer aquí lo voy a hacer, tarde o temprano, y si no que sople un viento que me mate. Ese túnel.

Estoy bien, realmente he empezado a escribir, aquí dejo la prueba. Ahora me voy a la cama, estoy muerta de sueño. Pienso dormir doce horas todos los días aunque haga calor. Voy a madrugar, pasear, pensar, fumar algún que otro peta de maría y escribir los verbos en presente. ¡Hasta mañana!

3l de agosto

Hoy es otro día. Y yo casi otra persona. Estoy en ello, desayu-

nando. No pienso leer lo que escribí anoche. Nunca voy a leer lo que escriba. Mi diario sólo servirá para ser escrito. Jamás para ser leído. Por nadie. Lo que escriba dentro de quince o treinta años... ya veremos.

Estoy sola con un café con leche, pan duro de ayer, tostado, y con buen humor. Alberto está durmiendo. Anoche no le sentí llegar. Me quedé dormida a los cinco minutos de la última frase de mi diario. Pero eso da igual. No hay más recuerdos, sólo sé mirar hacia delante sin saber lo que habrá de llegar. Ya nada podrá ser peor. Todo será bienvenido. Refrescante. Me voy a pegar un baño.

Me estoy duchando. Lo malo de este calor es que no te apetece bañarte con agua caliente. Y una bañera en verano, llena de agua fría, no la entiendo. Bajo la ducha intento no mirar mi cuerpo para no excitarme. Pero siento que mis pezones se están poniendo duros. No quiero pensar en nadie. Agua fría. Pero es imposible, no hace nada. Paciencia, no se pueden conseguir milagros en un solo día. No voy a enjabonarme para no tenerme que frotar. Sólo agua. Quiero ser fría.

He cogido ropa de mi hermano. Es raro que él no esté en su habitación. Ha debido de salir temprano de casa porque su cama está deshecha. Al vestirme no me miro en el espejo del baño, pero noto que todo me queda grande y largo. Alberto es altísimo. Me lavo los dientes y sin querer me sale mirarme en el espejo. Consigo evitarlo casi al instante y eso significa que mi conciencia está bien de reflejos, sólo mira por mí. Vela. Estamos formando equipo.

No me voy a preocupar por peinarme. No sé qué pinta tengo. Eso es nuevo para mí.

Oigo llegar su vieja moto de dos tiempos. Abre la puerta con su sonrisa de niño.

- —iMari, vístete! Tienes una sorpresa en el pueblo.
- —iPero sí estoy vestida!

Me mira de arriba abajo, divertido. Salgo y me siento en la parte de atrás de su moto.

−¿Quieres llevarla tú?

Claro que quiero, así que la arranco y él se agarra a mi cintura.

Conduzco despacio por un camino de tierra. Cruce con la carretera y asfalto. La pongo a ciento veinte y de repente intuyo cuál es su sorpresa. ¡Qué pasada como sea lo que imagino!

Me hace parar a la entrada del pueblo, me mete en un taller de tractores, me pisa el freno trasero y me hace girar la cabeza con sus largas manos. Me bajo, me subo en una vieja moto de motocross repintada de rojo y le lanzo un beso con la mano todo lo grande que puedo. Que tengo.

iiMi hermano!!

Ahora lo veo claro. Esto es exactamente lo que necesito

para vivir. Una moto y vivir con Alberto, que es sabio. Ha sabido mejor que nadie cómo dejar de sufrir. A su lado voy a aprender lo más importante de la vida, que aún no lo sé. Cuando sea sabia seré escritora, quiero decir de verdad. Una profesional.

Me he pasado el día recorriendo la zona, por el campo, pisando tierra. No quiero carreteras, puto asfalto. No he visto nada, sólo nubes de polvo caliente por detrás de mi moto. Mañana me compro unas gafas de sol. Sí que he visto algo. No tiene importancia, puedo rectificar y ponerlo ahora:

Esta mañana, en el taller, un hombre me ha visto mandar un beso a mi hermano. He arrancado la moto y al pasar junto a él me ha lanzado otro beso, sin manos, muy concentrado, apretando la vista desde la cabina de su tractor rojo. Era un bicho enorme, muy moderno.

1 de septiembre

Al levantarme de la cama compruebo que mis sábanas están manchadas de tierra. No quiero mirar mi cuerpo porque estoy desnuda, pero entiendo que debe de estar sucio. Tiene sentido. Mi nueva vida. La moto me está dando punto. Cuando me duche sólo voy a mirar al desagüe de la bañera.

Antes de salir de casa abro la puerta del cuarto de Alberto. Duerme profundamente, desnudo. Está claro que hoy no va a haber más motos.

Recorro el paisaje a más velocidad que ayer. Voy prosperando. Cuanto más corro, menos calor y más polvo. Se me ha olvidado comprar las gafas. En realidad me he acordado nada más subirme a la moto, el asiento estaba ardiendo por el solazo, pero no quiero entrar en el pueblo. Prefiero no ver a nadie.

En todo el día sólo he visto un jabalí. Ha sido especial, he entendido algunas cosas, como por ejemplo que aquí estoy tan sola que debe sentarme bien. El jabalí caminaba por lo alto de una colina pelada y se ha parado al verme. Yo he frenado y nos hemos quedado un rato mirándonos, a mucha distancia, cada uno desde lo alto de su colina. Echo de menos unos prismáticos.

He arrancado despacio, hacia él, y se alejado sin prisa, mirando una vez para atrás. Cuando he llegado a donde se había parado a mirarme, ya le había perdido de vista. Me he bajado de la moto para ver sus huellas de cerca. Eran perfectas. He puesto mi mano abierta junto a una de ellas y he presionado con todo mi peso. Mi huella no tenía sentido al lado de la suya. He vuelto hacia la moto y me he fijado en la marca de mi culo sobre el asiento de cuero, mojado de sudor .

A partir de ese momento todo ha sido más difícil. Montando después en moto no he podido dejar de sentir los baches, el roce, y la forma que estaría dejando mi culo en el asiento. Para evitarlo me he puesto de pie sobre la moto, flexionando la

cadera para no caerme... pero me he caído, a última hora de la tarde, justo cuando me estaba olvidando del jabalí.

Y aquí estoy, tirada sobre la tierra por delante de la moto, que se ha quedado con la rueda trasera acelerada hacia el cielo, muy naranja, llenándome de ruido. Parece que estoy pensando pero cada día pienso algo menos. Mi cabeza apenas responde a estas cosas que pasan en mi nueva vida. Pero me siento cómoda, tumbada boca arriba sobre esta tierra caliente que me amortigua.

2 de septiembre

¿Cuántos días podré resistir?... Sólo veo a Alberto a la hora de comer, y cocina él porque yo no sé. Me ha propuesto que recupere la huerta, que plante lo que sea. Aún no he fumado su maría. Después de comer me mira tranquilo mientras fuma.

–¿Estás bien?

No quiere preguntarme más. Sé que es una táctica. Él sabrá lo que hace, yo me fío.

Ayer cambió el mes y no lo comenté, pero me pareció buena señal. Estoy deseando que empiece el frío, o que llueva. Sentir un cambio de estación. Creo que si llego al otoño podré aguantar aquí toda la vida. Quizá mi cabeza se pare y viva eternamente. Sí, a este paso me quedaré en blanco.

Es curioso, no quiero ni comprar. Llegar a una tienda, pedir algo, semillas, por ejemplo, y pagar a un señor. iNi hablar!

Esta mañana he echado a lavar las sábanas. Y no porque estuvieran sucias de tierra, anoche llegué perdida después del accidente, sino por la puta regla. He tenido que tocarme el coño al lavarme, pero he pasado de meterme un támpax. Mi hermano, que es muy listo, ha ido al pueblo y ha traído una bolsa grande de compresas.

Después de comer le he acompañado hasta el cruce, por el camino de tierra. Cada uno en su moto, yo detrás de él. Al llegar al borde del asfalto nos hemos quedado parados un rato, uno al lado del otro, mirándonos. Luego me he abrazado a él y me puesto a llorar.

—iMi niña preciosa! Sigue llorando —Y además me acariciaba la espalda.

Sin querer he vuelto a los verbos en pasado. Me jode. No quiero mirar hacia atrás. Ni muy delante, nada de horizontes. Sólo a la rueda delantera de mi moto. Anoche volví a casa pisando mis propias huellas. Quizá por eso luego escribí hacia atrás. Es como vivir de espaldas. Lo que cumplo es que jamás leo lo que escribo. Cambio de página y pongo la vieja boca abajo. Y ya está. Pasado. Perdido. Muerto. Por eso cada día me queda menos, dentro quiero decir. Fuera también. Espero que no me pase nada.

3 de septiembre

Ahora es por la mañana, pero lo que pasó anoche lo voy a contar en presente. Creo que sólo voy a escribir cuando pasen cosas como ésta. No quiero ponerlo todo y me niego a escribirlo bien.

Me meto en la cama a oscuras y en silencio. En realidad, desde que vuelvo a casa, a media tarde, sólo escucho mis propios ruidos, que cada vez intento amortiguar más, como en un juego. Aquí no hay ni tele, ni radio, ni grillos, así que cuando me dirijo hacia la cama parece que ya estoy sonámbula. Me veo perfectamente.

Por cierto, no llevo reloj y nunca sé muy bien a qué hora me acuesto ni a qué hora me levanto. Pero eso no es importante.

En medio de la noche, a mitad de sueño, escucho el gruñido de un jabalí muy cercano, dentro de la habitación. No quiero abrir los ojos ni me pregunto cómo ha podido entrar. Oigo sus pisadas sobre la tierra. Entonces me levanto de un brinco, en silencio, y me asomo a la ventana, que siempre dejo abierta de par en par. Reconozco sus huellas junto a la casa, hay muchísimas, como si hubiera estado moviéndose largo rato en el mismo sitio. Justo bajo la ventana, sin aviso, sin esperarlo, descubro sus ojos muy cerca de mi cara. Dos puntos negros sobre un fondo líquido y amarillo. Vuelve a gruñir, pero yo estoy

tan dormida que no me asusto. Se va caminando despacio. Se vuelve para mirarme un instante y desaparece al doblar la esquina que da a la parte de atrás, donde Alberto tiene plantada su maría. Pienso en la posibilidad de que se la coma y se enamore de mí. Con esa idea me vuelvo a acostar y me quedo dormida en medio segundo.

Ahora por la mañana lo primero que quiero hacer es ver qué ha pasado con la maría de mi hermano. Voy. Llego a la parte de atrás y la planta parece intacta. Cerca están mis sábanas tendidas sobre una cuerda junto con ropa de Alberto. Con el calor que hace todo debe de estar ya seco. Descubro algo increíble. No sé cómo interpretarlo. En la parte baja de una de las sábanas, cerca del suelo, hay unas manchas. Son del hocico de un jabalí, parecen fotocopias. Las huelo, primero las manchas y luego el resto de la sábana. Mi olfato no alcanza a percibir lo que habrá olido el jabalí. ¿A qué le olerá?... ¿A mí?...

Llevo todo el día pensando en eso. Ni siquiera he cogido la moto. Quizá mi problema se pueda oler con un olfato finísimo. Quizá si pudiera olerlo sabría cómo solucionarlo. Nunca lo descubriré. Hoy hace mucho viento. Si salgo fuera mi olor se esparcirá por toda la zona y puedo acabar mis días aquí, rodeada de jabalíes que me entienden pero que no saben cómo ayudarme. Eso es todo lo que quiero escribir. ¡Adiós!

No voy a poner la fecha de hoy

Da lo mismo. He estado una semana sin escribir, sin salir de casa, sin entrar en ningún sitio y durmiendo mal. No quiero saber nada del jabalí, pero tardo mucho en dormirme, como si mi sueño le esperara, por si acaso. ¿Por si acaso qué?... Algo vuelve a crecer aquí dentro, quizá de otra manera, pero sigue haciéndolo sin contar conmigo. En fin, que parece cómodo esto de vivir sin entender nada, pero luego no te deja dormir.

En la comida Alberto me dice que la moto lleva aparcada varios días en el mismo sitio. Es muy listo. Nunca me pregunta sobre mi pasado porque no me conviene recordar. Sin que le haya dicho nada ha entendido mi pacto entre él y mi nueva vida. No estoy unida a nadie, sólo a mi hermano, que soy yo, que seré yo algún día. Me dice que dentro de dos semanas comenzará la vendimia. Me avisa, ya que eso significa que el campo se llenará de gente trabajando, de gente con sentido. Aquí soy una mimada, una princesa idiota.

Una noche. Sola

Camino en la oscuridad de un túnel. Comienzo a oír el sonido de un tren acercándose. Un punto de luz se va agrandando hasta que me deslumbra. Me dejo atropellar por un ensordecedor traqueteo que me rompe los tímpanos y atravieso el tren, desde la máquina, recorriéndolo con su misma velocidad. Paso como un rayo por los pasillos y las puertas que comunican los vagones. No tropiezo con nadie, estará vacío. Pensando esto se abre un compartimiento y me veo salir al pasillo con una camiseta sudada que me deja la tripa al aire. Choco brutalmente contra mi pecho penetrando en mi corazón, más oscuro que un túnel y con el latido conectado al traqueteo de un tren.

19 de septiembre

Llevo otra semana sin escribir, pero hoy han pasado dos cosas.

Hace menos calor y mi hermano me ha regalado unos prismáticos. Ayer le pedí que me los comprara. Es la única cosa con sentido que he hecho en las últimas dos semanas, pedir algo.

Así que he vuelto a coger la moto. Estoy sentada sobre ella, cómoda, parada en lo alto de una colina rapada, mirando con los prismáticos hacía el paisaje que me rodea. Es inmenso. La atmósfera está hoy limpísima y se ve con detalle a mucha distancia. Sé lo que busco. Estos días pasados, desde la casa, he visto un tractor rojo sobre el horizonte. Eché de menos estos prismáticos.

No me cuesta trabajo encontrarlo. Parece un insecto, hace tiempo dije un bicho, no estoy segura de que sea lo mismo. Voy hacia él. Le sigo durante horas, a distancia. Él circula despacio sobre lo alto de su colina, yo sobre la mía, a la misma velocidad. Se detiene, gira y se dirige hacia mí. Yo le espero mirándole con los prismáticos. Sólo necesito ver su cara. Y reconocerla. ¡Ya está! Me vuelvo a casa.

Doy mil vueltas en la cama. Oigo llegar a Alberto, parar la moto, abrir la nevera, tirar de la cisterna y roncar. De nuevo a solas vuelvo a sentir la presencia de un jabalí fuera de la casa, dejando huellas alrededor de mi cama. Permanezco inmóvil, con los ojos cerrados, estoy inconsciente, desmayada, muerta, pero no dormida, imposible. Veo mi error. He sido muy radical. ¡Se acabó! Ahora comprendo lo que debo hacer. Ya me puedo levantar a escribirlo, se ha ido el jabalí.

Esto es lo que quería decir: no puedo abandonarme porque me quedo en ningún sitio, flotando a la deriva, así que ahora mismo me subo a bordo. ¡Bienvenida, claro que sí! La diferencia, la condición que me impongo es controlar, hacerlo sólo de vez en cuando. ¡Ahí está el secreto!

Es que si no iba a acabar enferma, loca y muerta de verdad.

20 de septiembre

Luego me quedé dormida. ¡Buena señal! Por la mañana me levanto y todo igual, me ducho con los ojos cerrados y me visto de cualquier forma, pero corro hacia la moto y le busco, le encuentro, le sigo y me lanzo como una suicida contra el bicho, a toda velocidad. No me importa caerme. Cruzo justo por delante de su boca, a muy poca distancia, sigo un poco y doy media vuelta. Para. Llego hasta él. Me abre la puerta mirándome con los mismos ojos apretados con los que me lanzó un beso aquel día en el taller.

–¿Quieres subir?

Por dentro parece la cabina de una nave espacial. Se lo digo y sonríe orgulloso cerrando la puerta para que no se escape el aire acondicionado.

-Aquí estoy mejor que en casa.

Yo me fijo en dos pequeñas fotos que hay sobre una pequeña nevera. Se trata de una mujer y una niña de unos diez años. Ambas guapas y rubias. Me gustan. Suelo tener suerte en estas cosas.

Pone música de bakalao, a todo volumen, y comienza a mover su tronco fornido, agitando los brazos torpemente. ¡Fantástico! Pienso que es mi turno. Va a flipar conmigo. Me pongo de pie y comienzo a bailar. En seguida tengo que sujetar sus manos.

-iEspera!

Me deja que se las ponga sobre el volante. Con las mías muevo mi ropa, que me está muy grande. Al ritmo de la música me levanto el jersey enseñando la tripa, me bajo un poco el pantalón... Se vuelve loco. Cuando me agarra, sin dejar de bailar le cojo la cara con las dos manos y comienzo a recorrerla con la lengua, a base de largos lametazos, de abajo arriba, mientras él me desnuda con desesperación.

-iPero qué buena estás, hija de puta!

Sí, soy una puta cría. Pero viviendo en el campo tiene un punto más saludable. Sólo lo haré de vez en cuando, y a pleno día. Aquí puedo disfrutar si lo controlo. Ésta puede ser mi nueva vida. Tiene más sentido.

23 de septiembre

He pasado dos días calentando al bicho con la moto y huyendo cuando me persigue. Ayer le enfadé mucho. A última hora, cuando ya no podía alcanzarme, sacó una escopeta y disparó. Los perdigones silbaron por encima de mi cabeza y me volví para ver si chocaban contra algo, un pájaro, por ejemplo, o caían sobre la tierra..., pero se quedaron perdidos en el cielo, azulísimo, raro.

Alardea de ser un gran cazador. Ya veremos lo que es. Se llama Patricio.

Esta mañana me despierto con el ruido de su motor acercándose a la casa. No pienso hacer nada. Los ojos cerrados. Le oigo pasar frente a mi ventana abierta de par en par y me llena el cuarto de ruido. Para el motor y escucho que salta dentro.

Sus pasos dan vueltas alrededor de mi cama, donde sigo desmayada, boca abajo, desnuda. Siento su mirada sobre mi piel. Escucho el ruido de su ropa al caer en el suelo. Unas manos enormes y durísimas comienzan a acariciarme. Me gira hacia él, me abraza, me estruja, y me llena de besos mientras permanezco inconsciente. Soy una muñeca.

Está como loco, me levanta girándome en el aire y me come el coño. Noto su respiración y su lengua, que me la mete hasta el fondo. Cuando estoy chorreando sopla dentro de mí y casi me corro.

Se lanza contra mi boca y me muerde los labios, la lengua... me folla como un animal y la muñeca grita sin abrir los ojos.

Al terminar se viste y sale por la ventana dejándome tirada sobre la cama, agitadamente muerta y con el sabor de mi coño en los labios. Cuando los bramidos de su tractor se alejan comienzo a soñar con lo ocurrido, esta vez viéndolo todo, desde fuera. Y vuelvo a correrme, a gritar.

Me despierto para siempre.

Creo que ya es octubre, o le falta poco

El paisaje se ha llenado de gente que rebosa vida y que tiene

muy claras sus obligaciones: joderse vilmente por otros a cambio de un poco de dinero para comer. No tienen mucha elección, pero la putada sólo durará quince días. Casi todos son gitanos, familias enteras.

No me gusta pasear entre ellos con la moto. Parezco la hija del cacique. Cuando me ven se esmeran en el curro. Pero a las reinas idiotas también les gusta controlar a algún buen ejemplar de pura raza para soñar un poco, sólo por las mañanas. Yo ya he elegido el mío. Es uno de los tíos más guapos que he visto en mi vida. Se llama Manuel y tiene un hijo de unos catorce años, Charly, que cría él porque su mujer murió hace cuatro años. Patricio nos ha sorprendido hablando. Seguro que es celosísimo. Ha abandonado el bicho, lejos, y llega corriendo a grandes zancadas. Le vemos llegar como un huracán. Nos sonríe a todos, amable.

-iHola!

Los gitanos le devuelven el saludo con un gesto estirado, con toda su dignidad.

Patricio me coge con fuerza de la cintura.

–¿Qué tal, bonita?

Y me planta un besazo en los morros. Largo.

Cuando termina yo vuelvo la vista a Manuel, que nos da la espalda y continúa vendimiando. Charly me pide que le preste la moto.

—Sólo para dar una vuelta.

Le digo que sí y su padre se vuelve para mirarme. Le sonrío, como si sólo se la quisiera dejar a él. Su hijo corre entonces hacia la moto que tengo entre mis piernas y Patricio le para bruscamente poniéndole su enorme brazo delante.

- −iNi pa Dios, chaval!
- -La moto es mía —lo digo mirando a Charly, que sonríe.

De repente Patricio se vuelve comprensivo y paternalista con el crío.

- -Es muy grande para ti. Te puedes hacer daño.
- −iQué pasa... a mí no me conoces!

Ambos se miran fijamente, retándose. Charly coge una piedra del suelo, muy grande para un niño, y la lanza contra un poste de madera haciendo un impacto perfecto.

Patricio me habla al oído.

—Arranca la moto y vete hacía el tractor. En seguida voy.

La idea me gusta, no me puede gustar más. Me despido de Charly.

—Otro día. Te lo prometo.

Eso va también por su padre.

Voy sentada mirando hacia atrás sobre volante enorme que se mueve por las manos de Patricio. Estoy desnuda de cintura para abajo y él conduce chupándome el cuello. Le desabrocho los botones de la camisa y beso todo su pecho, su tripa. Le abro la bragueta, separo mis muslos, me flexiono todo lo que puedo enseñando mi culo al campo y me trago su polla.

9 de octubre

He comprado semillas en el pueblo para plantarlas en la huerta. Desde que estoy aquí ha sido la primera vez que he estado entre las calles de un lugar más habitado que mi casa. No ha pasado nada, tengo mucha experiencia de gran ciudad así que este pequeño pueblo es fácil para mí.

La huerta está llena de pisadas de jabalí, anoche me despertó un par de veces pero no me levanté. No he plantado nada en mi vida, pero no puede ser difícil. La señora de la tienda me ha explicado algunas cosas pero prefiero seguir los consejos de este librito que me he comprado. La huerta comienza a llenarse de ovejas que no sé de dónde han salido. El último en aparecer es un pastor bajito y de cara simpática. Es un hombre de unos cuarenta con todo el tiempo del mundo para él solo. No tiene ninguna clase de prisa, en realidad no tiene nada que hacer, así que hablamos despacio y me ayuda a plantar las semillas, se las conoce perfectamente. Se nota que es un hombre de la tierra. Se llama Ulloa, igual que su perro, un precioso pastor vasco, muy listo.

—Le puse mi nombre porque siempre estoy solo. Así que no hay confusión.

Es encantador. Me hace mil preguntas sobre mi vida y no me molestan. Sólo contesto a medias y él comprende algo de lo que me pasa. Éste puede ser un amigo, aquí no tengo ninguno, en realidad ya no me quedan en ningún sitio. Es soltero, solo y vive amortiguado, como yo durante las primeras dos semanas aquí, pero él sabe hacerlo porque sigue vivo. Terminamos de plantar la huerta sabiendo que no puede durar mucho a causa del jabalí, pero yo le digo que no me importa que la destroce.

–¿Por qué no te importa?

Le contesto otra vez a medias.

—Quiero ver lo que pasa.

Me refiero a las noches, pero él no lo sabe aún. Me sonríe.

-Pasa que la destrozará.

Ulloa mira hacia la tierra de la huerta, donde un cordero está oliendo las hojas de la maría.

-iiTonto!! -le grita.

El cordero nos mira.

-iiTonto!!... iiTonto!!

Los ojos del cordero parecen extraviarse y su cabeza comienza a oscilar lentamente, como si estuviera hipnotizado. Llega el perro *Ulloa* y el cordero le sigue hasta reunirse con el resto del rebaño.

—¿Lo ves?... Son tontos.

Ahora empiezo a confesar a Ulloa algo que no pensaba

contar a nadie. Se trata de las manchas de hocico que el jabalí dejó fotocopiadas en mi sábana. Está fascinado. Me explica que eso debió de ser la noche de la luna llena del saúco. Es posible, pero yo no recuerdo si hubo luna llena. Me dice que estaba nublado pero que los animales salvajes perciben el olor a saúco en algunas personas. La próxima luna será la del junquillo. Es una vieja leyenda vasca. Cuenta que el olor lo produce una una bruja muy joven llamada Mari. Descubre la coincidencia con mi nombre. Se queda sorprendido, mirándome en silencio. Creo que le encanta la idea, pero a mí me inquieta. Me viene la imagen de una bruja vieja con la piel de una joven como yo. Se acerca despacio a mí, ceremonioso, disfrutando.

—iTe juro por Dios que no diré a nadie que estás aquí! Se volverían locos.

Y sonrío. Prefiero tomármelo a broma.

Me huele el cuello y no dice nada. Puede que yo haya empezado ya a desprender olor a junquillo. Estamos cerca de la próxima luna llena.

Este misterio de los olores vuelve a preocuparme durante las noches. Me descubro oliéndome en la oscuridad, y a rachas llego a creer que poseo algo extraordinario que hechiza a los animales, sólo a los machos. Tiene sentido y es imposible. Las dos cosas. No hace falta saberlo todo y no es importante creerme todo lo que dicen de mí.

ll de octubre

Ha estado lloviendo dos días para mi huerta. Me he quedado en casa estudiando un libro de cocina, pero sin cocinar. Eso se lo dejo a mi hermano. Me encanta ver cómo lo hace, con sus largos dedos, como un ritual. Me suelo quedar hipnotizada, como un cordero tonto, y eso me sienta bien.

l2 de octubre

Sale el sol entre las nubes. El cielo atormentado, precioso, y el aire es limpio, fresco. No encuentro al gitano Manuel ni a ninguno de su familia. Apenas queda ya gente por aquí. Quizá se hayan ido a vendimiar a otra comarca. Les sigo buscando en moto, no hay polvo, la tierra está mojada. Llevo Los prismáticos colgados del cuello. De vez en cuando paro y miro a mi alrededor.

De pequeña me gustaban las películas de indios. Yo siempre quería ser esa niña blanca que los indios raptaban después de matar a sus padres. Lo vi en el cine de mi barrio. Lo que más me atraía era la idea de convertirme en una más de la tribu. Quería olvidar mi idioma, mi lengua madre y todo lo que había hecho hasta entonces. Todavía lo pienso. Y lo quiero, pero

ahora se tendrían que llevar a dos, porque no puedo separarme de mi hermano.

Me he teñido el pelo de rojo oscuro, con henna, y llevo una cinta en la frente. Me he puesto mi vieja cazadora de ante, ajustada, un pañuelo azul en el cuello y un pantalón vaquero muy ceñido, negro. Las botas de montañera me dan peso, me agarran a donde quiero. Es decir, me he vuelto a encontrar en el espejo y a vestirme como mejor me siento. Quizá me esté preparando para la luna del junquillo, sí, ésa puede ser una buena explicación para esta vuelta a mi buen aspecto.

Por los prismáticos descubro un autobús escolar que para a un lado de la carretera. Se baja una niña rubita que saluda a alguien que no veo. Seguro que a su madre. La busco y la encuentro caminando hacia su hija. ¡Ya está, las he reconocido! Voy a por ellas.

Me miran al verme llegar. Bajo de la moto y les doy un besazo a cada una. Son guapísimas. Me muestro simpática, me sale de verdad. Las dos se llaman Ángela, claro que sí, y yo Mari, como la bruja vasca. Se ríen. Nos caemos bien. La niña me dice que ha oído hablar de mí en el colegio. La gente rumorea que soy una tipa rara que recorre los campos en moto vestida con ropa de hombre. Les hago notar mi nuevo aspecto, que a la niña le encanta. Y a mí ella. Lo que yo daría por tener una hija así para mí sola. Pienso que no tengo nada que ofrecer a cambio,

salvo mi moto. Una tontería de pensamiento.

Les pregunto dónde viven. Me señalan su casa a lo lejos, rodeada por un gran viñedo bajo una colina. Viven del vino. La cosecha de este año ha sido extraña. La madre me cuenta con dulzura de tímida que bajo la tierra han descubierto que hay cochinilla. Muchísima. No sé lo que es la cochinilla.

-El bicho bola -me señala la niña.

Hay una plaga que provoca que las uvas tengan sabor a tierra. No me sorprende.

—En noviembre van a fumigar.

La plaga está localizada sólo en las zonas de este municipio. No está mal. Me gusta que le pase algo a esta comarca, lo necesita.

—No hay mal que por bien no venga —me jode haber dicho esta gilipollez, típica de gente como mi padre.

La niña no ha entendido lo que he dicho, pero me sonríe, yo creo que algo asombrada. Quizá la única manera de tener una hija tan maravillosa como ésta sea convertirme en una mujer como ÁngeLa. Ser ella. Otro imposible para mí. Tiene toda la paz y la hermosura del mundo, más un huracán, una bestia de hombre en su cama. Ese capricho lo compartimos.

—Conozco a tu marido; tiene vuestras fotos en el tractor.

No parece una mujer celosa. Seguro que no. Nunca podré ser Ángela, pero me encantaría ocupar su lugar, y si mi marido me sacara los cuernos con una mujer como ella, jamás se lo reprocharía, a ninguno de los dos. Esas cosas no me pueden molestar, no conozco los celos. Nunca me he enamorado, aún no me he visto con ese cuerpo.

Quizá el amor tenga una nuca, que se alarga despacio, también lo veo con unos dedos, largos como los de mi hermano, una cara de cordero hipnotizado, tonto por fuera. Puede que el amor sea más fácil de lo que imagino, todo es conocerlo y guardarlo, que sólo salga por los ojos, sin que se pierda. Seguro que favorece. Yo estaría guapísima. Tal vez me siente bien teñirme el pelo de rubio.

−¿Estás enamorada de tu marido?

Me acuesto intentando imaginar a Patricio y Ángela en la cama. O en la cocina. Está claro que ella cocinará muy bien y seguro que no tiene ni un solo libro de cocina.

13 de octubre

Hoy he cocinado yo. No ha salido tan mal. Mi hermano se ha partido de la risa y ha hecho el café. Me habla de Patricio, él le conoce mucho del bar.

-Anoche preguntó por ti.

Me quedo en silencio. Alberto me respeta y cambia de conversación. Entro en el bar, de noche, y arraso con mi aspecto. Me quito mi cazadora de cuero. Dejo ver mi camiseta corta del tren, con la tripa al aire y una minifalda de ante, ajustada. El bar tiene punto, es una amplia bodega subterránea, un recinto irregular, profundo y abovedado con paredes de tierra roja, como todo el paisaje de la comarca. Se parece a mí, pero no a mi hermano, que tiene más que ver con la casa. Alberto es bueno porque siempre le ha dado el sol y el aire; está hecho de eso, justo lo contrario que yo, que soy rugosa, que sólo sé caminar entre cuevas donde nunca entra el calor. ¿Por qué estarán así puestas las cosas, en la vida, dentro de los lugares de cada uno?...

Veo a Alberto servir copas detrás de la barra con su eficaz parsimonia; pone amor y distancia, como en todo lo que hace, como todo él: ésa es su fuerza. Aún no me ha visto. Me sorprende ver la cabeza de un jabalí disecada y colgada en una pared, es raro en él, no le gusta la caza y aún no sé lo que piensa de los jabalíes. No le he hablado de las manchas en mis sábanas. La decoración es acogedora con un aire pop de campo, igual que la gente. Está a tope, debe de ser sábado.

Muchos me están mirando, pero no veo a nadie de quien me pueda enamorar. Llevo diecinueve años sin verlo, así que fliparía si lo encontrara en el bar de mi hermano. Hay que darle tiempo: quizá esté a punto de entrar por esa puerta. Me vuelvo y veo llegar a Ulloa, el pastor. Quizá entre otro día. Yo espero.

Ulloa me saluda mirándome de arriba abajo, sonriendo casi con orgullo, como si yo fuera un producto de su imaginación y se sintiera sorprendido por el resultado.

- -iHola, Mari!
- −iQué tal, amigo!

Y le doy un par de besos. Nos acercamos a la barra y mi hermano nos ve en seguida. Sonríe y usa sus largas manos. Vino para Ulloa y cerveza para mí. Es la primera vez que bebo en mucho tiempo. Hablamos de la huerta, ya asoman las lechugas y los puerros. No he visto aún huellas de jabalí.

Miro a la cabeza disecada en la pared y me fijo en 10s largos colmillos que asoman hacia arriba. Según se mire, puede parecer una criatura de ciencia ficción, un ser de otro planeta, inteligentísimo y delicado. Llega Patricio con un taco de billar. Mi aspecto le mosquea, tiene miedo de que a partir de ahora esté disponible para todos. Me pasa el taco, como si mi *look* incluyera jugar de puta madre al billar, y me coge del brazo sin preguntar, como quien se lleva a una puta de la barra.

Acertó, aunque quizá se lo chivara mi hermano, pero juego de puta madre a1 billar, mucho mejor que él. Sé además cómo provocar al personal con mis posturas ante la mesa. Todo dios está flipando con la puta cría de Patricio. Pero a él le jode. Está acostumbrado a verme cabalgar sola por el campo, como una

india salvaje que le busca y le folla sólo a él, sintiéndose el único macho del mundo. Cuando le gano puteo aún más su orgullo masculino. Me acerco a él, satisfecha, y le devuelvo el taco.

- −¿Estás enamorado de tu mujer?
- -¿Qué te pasa ahora?... ¿A qué viene eso?
- —He conocido a tus dos Ángelas. No te las mereces.

Me voy a paso ligero y me cruzo con el gitano Manuel. ¡Qué bien, éste sigue en el pueblo! Salgo del bar y me subo en la moto. A Patricio le va a costar seguirme con el tractor, pero puede ser divertido.

Cabalgo solitaria por la carretera. Está claro que he vuelto al asfalto. Voy tranquila, disfrutando. La cerveza me ha sentado bien, llevaba mucho tiempo sin beber. Se ve todo el campo, hasta el horizonte, bajo una maravillosa luz azulada. Miro al cielo y veo brillar la luna; falta poco para que esté llena. Me sacude un escalofrío. iSe acerca la luna del junquillo! Algo pasará. Apago los faros de la moto, se va mucho mejor, ahora tengo el mismo brillo que el paisaje. Estamos todos sumergidos en el fondo de la tierra.

Escucho el ruido de un motor. Me vuelvo y veo los faros de un coche circulando velozmente. Acelero. El coche se va acercando cada vez más. Me toca la bocina con insistencia. No sé quién puede ser, pienso en algún tipo del bar que se ha puesto cachondo conmigo y se siente con todo el derecho de perseguirme. Me ciño en las curvas poniendo la moto a tope, excitada, conduciendo como no lo he hecho en mi vida. Pero el coche lo tengo justo detrás asustándome con su bocina, fea, de pura mala leche. Si me vuelvo para mirarle me mato. Tomo el camino de tierra que conduce a la casa de mi hermano y consigo volverme un instante hacia atrás. Me sigue. Es un deportivo pequeño y bajito. Mi moto anda bien sobre la tierra. Le estoy sacando distancia.

Llego hasta la casa, dejo la moto tirada, entro y cierro con llave. Le oigo llegar con un derrapaje. No enciendo la luz. Aporrea la puerta y siento que la vibración de la casa termina en un punto del tejado. Creo que he oído caer una teja sobre la tierra, no sobre la cabeza de alguien. Tiene que ser un hombre impulsivo, fuerte, viril, de esos de manos gordas pero no largas, me lo dice el miedo de mi cuerpo, que puedo tragarme sin que me haga daño. Aún no hay daños.

En el salón hay dos escopetas de caza colgadas en la pared. Ahora me doy cuenta de que es algo extraño en esta casa, tanto como el jabalí disecado en el bar. Cojo una, de cañones superpuestos, me gusta más que la otra, que es más clásica. La abro. Está cargada. Este rincón de mi hermano no lo conocía. Dejo de oír golpes en la puerta.

Entro en mi habitación y me miro. En mi vida había tenido una escopeta entre las manos. Y sé que la puedo usar. Oigo pasos por el exterior de la casa hasta que una sombra se acerca a mi ventana. Enciendo la pequeña luz de mi mesilla de noche. Dejo la escopeta sobre la cama y me quito la cazadora. Fuera no se oye nada. No miro hacia la ventana y comienzo a desnudarme despacio, como me gusta, provocando sutilmente. He soñado muchas veces que alguien me espía cuando me desnudo. Me excita muchísimo que esto sea tan real.

Termino de quitarme toda la ropa y me tumbo en la cama, boca arriba, con la escopeta apuntando hacia la ventana, que de pronto se llena de violentos manotazos. iVa a romper el cristal! Apago rápidamente la luz y durante un instante veo su sombra agitada antes de que se esconda de un salto. Ya sé quién es. Disparo contra la ventana haciendo añicos el cristal. Vuelve a aparecer. Todos tenemos una silueta inconfundible. Patricio mete un brazo entre los cristales rotos, abre la ventana por dentro y entra de un salto. Le sigo apuntando. Sabe que me queda un cartucho, pero se mete el cañón en la boca, hasta el fondo. Eso me encanta. Con sólo movimiento de mi dedo puedo destrozar la cabeza de un animal. La vida es así de estúpida.

Bajo con cuidado la escopeta hasta poner el cañón a la altura de mi coño. Poco a poco voy sacando el pedazo de hierro brillante de su boca. Me come. Cada día lo hace hacer mejor.

Me despierto a mitad de noche y compruebo que Patricio sigue dormido a mi lado, desnudo. La escopeta está en el suelo.

¿Por qué me he despertado?... Oigo pisadas en el exterior de la casa con un ruido de fondo de cristales rotos. ¡El que faltaba! Pero es lógico, pronto será la luna del junquillo. Veo la ventana con restos de cristales en el marco. Es un rectángulo que corta hasta la vista.

Me levanto con sigilo sin despertar a Patricio y salgo de la casa por la parte de atrás, desnuda y empuñando una esbelta escopeta de cañones superpuestos con un cartucho sin disparar. Pienso que voy protegida, el único problema es que hace un poco de frío.

Más de la mitad de la huerta está arrancada. Hoy no tengo ropa tendida. Aparece de pronto el jabalí, doblando la esquina de la casa, y se me queda mirando fijamente. Así permanecemos un rato, quietos uno enfrente del otro, bañados por luz la azul de la luna, muy profundos. Me fijo en su cara, sus ojos, sus largos colmillos, y me vuelve la imagen de una criatura de ciencia ficción.

Me acerco muy despacio a él, sin dejar de apuntarle. Estamos muy cerca, nos podemos comer el uno al otro. Me pongo en cuclillas. Me sigue mirando fijamente con sus ojos viscosos. No me parece absurdo que detrás de esa tosca masa de pelos se esconda una mente finísima. Puede que me esté diciendo algo que no comprendo, un mensaje que tendré que descifrar en el futuro. Quizá esté descubriendo que detrás de mi cara bonita

hay una fiera de pelo negro, un corazón abandonado en un túnel, incapaz de amar. Es muy listo.

Me miro los pezones, están durísimos. Tengo la piel de gallina. Alargo mi mano y le acaricio la cara, el hocico. De repente hace un brusco movimiento con la boca y siento un pellizco en la mano. Me la miro y veo que me falta un dedo. Grito y me pongo de pie con la mano ensangrentada. Puedo oír cómo el jabalí tritura mi dedo corazón dentro de su boca. Llega Patricio y el jabalí se escapa. Yo me desmayo en sus brazos.

14 de octubre

Me despierta un trueno al amanecer. Fuera está lloviendo a mares. Se ha desatado una tormenta brutal. Patricio no está a mi lado, ni su ropa. Encuentro una nota en la mesilla:

iTen cuidado, he puesto una trampa en la huerta! Fíjate bien por dónde va el hilo, no se te ocurra tocarlo porque se disparará la escopeta. Me tengo que ir para no mosquear a mi mujer. Seguro que en eso me apruebas. Un beso, fiera.

PATRICIO

Me visto y salgo a la huerta con un paraguas. Efectivamente, la escopeta está colgada del alero de la casa apuntando hacia la huerta. Descubro, semienterrado, un hilo de nylon atado en círculo muy cerca de la cuerda en la que tiendo la ropa. ¡Es extraño! Yo nunca le he comentado a Patricio que el jabalí oliera mis sábanas. Quizá tras la bestia humana de Patricio se esconda un inteligente animal de finísimo olfato.

Sigo con la vista el recorrido del hilo, que termina con un nudo en el gatillo de la escopeta. Me miro el dedo, me lo debió de vendar Patricio. Me quito la venda y veo una pequeña herida. El jabalí no se comió mi dedo corazón, sólo me lo pellizcó. He debido de soñarlo después, por el susto, que sí fue real. Esta tormenta es todo un espectáculo. Empieza bien el día.

No estaba equivocada. Hoy ha ocurrido algo. Al dejar de llover he salido en moto, esta vez por el asfalto de la carretera. El campo estaba embarrado. He conocido a un tipo extraño, nuevo para mí, y siento que he provocado en él algo que quiere evitar. Otro tipo listo, pero es más que eso. Se llama Ángel. Me lo he encontrado en mitad de la carretera, delante de su coche, intentando coger un cordero perdido. He parado la moto frente a él y me he quedado mirándole. Ha sido divertido, el cordero siempre se le escapaba en el último momento.

Me ha llamado la atención su coche, un todoterreno blanco. Me gustaría dar la vuelta al mundo en un trasto así. Puede que algún día se lo proponga y nos vayamos juntos. En las puertas y el morro hay pintado un fumigador. Parece un astronauta. Hay algo más, unas letras: «URTZI. Fumigaciones y pesticidas».

Lo que más me ha gustado de Ángel es que se ha dado cuenta de que yo le estaba mirando, pero ha disimulado. Algo le ha ocurrido conmigo que me encantaría averiguar. No se lo he preguntado, pero he hecho algo mejor.

-iiTonto!!... iiTonto!!

En ese momento me han mirado, los dos, con la misma expresión de cordero extraviado.

—Corre, aprovecha ahora que está quieto.

Ángel ha vuelto a mirar al cordero, que lo esperaba inmóvil, y se ha acercado despacio. Cuando parecía que iba a cogerlo, el cordero se ha vuelto a mover...

-iiTonto!!... iiTonto!!

Entonces el cordero se ha quedado quieto, como hipnotizado, y Ángel lo ha cogido entre sus brazos. Yo me he reído, como lo habría hecho la bruja del pastor Ulloa.

-¿Lo ves?... iSon tontos!

Ángel se ha puesto el cordero sobre los hombros, por detrás de la cabeza, agarrándolo con fuerza de las patas, y ha avanzado unos pasos hacia mí.

-Llevo un rato mirándote. ¿No te has dado cuenta?

Ángel mira un instante a los restos de la tormenta, en el horizonte, y responde sin estar seguro.

-No.

—Claro que te has dado cuenta, no seas coqueto. ¿Cómo te llamas?

Durante una fracción de segundo he visto sus ojos contra los míos.

- -Ángel.
- -Y yo Mari.
- -iGracias, Mari!

Ángel se ha ido sin más, con el cordero sobre los hombros. Yo me he quedado mirándolo mientras caminaba de espaldas por el barbecho que hay junto a la carretera. A lo lejos he visto al gitano Manuel, a su hijo Charly y al resto de la familia cogiendo más corderos y cargándolos en su viejo camión. Ángel ha llegado hasta ellos y les ha entregado el cordero. Desde lejos lo he visto hablar con Manuel, cara a cara. Muy diferente a como se había mostrado conmigo.

He arrancado la moto y me he ido despacio, pensando que lo que más había visto de Ángel había sido eso, su espalda. Apenas me había mirado durante unos segundos en la carretera, y no lo había hecho todo él, quiero decir que no al completo. Nunca me han esquivado así, nunca me ha mirado nadie sin volverse del todo, dejando una parte sin mirarme. Quizá esté hipnotizado, sólo para mí.

Después me he sentido extrañada por otro asunto. ¿Por qué los gitanos estaba cogiendo corderos de aquel barbecho y

cargándolos en su camión?... He pensado que aquel rebaño podría ser el de Ulloa, pero no les he visto ni a él ni a su perro, que también se llamaba *Ulloa*. Digo se llamaba porque ahora sé lo que les ha ocurrido, a los dos y a otros cuatro corderos más.

Han muerto esta madrugada, por el mismo rayo. Me lo ha contado Alberto durante la comida. Ya lo sabe todo el pueblo. Por eso los gitanos se estaban llevando los corderos que habían sobrevivido. Pero no quiero adelantarme. Esta mañana, antes de comer, me he encontrado con el tractor de Patricio en mitad del campo. Ángel estaba con él, en el interior de la cabina. No es difícil adivinar las palabras de Patricio, su orgullo pueblerino enseñando su tractor, el aire acondicionado, la calefacción en el asiento, la pequeña nevera, su potente equipo estereofónico.

—¡Lo más moderno que hay! Aquí estoy mejor que en casa.

Pienso también que Ángel ha tenido que ver las fotografías de sus guapísimas dos Ángelas. Llaman la atención. ¿Qué habrá sentido al verlas?... ¿Qué pensaría si supiera que Patricio es mi amante? ¿Me odiaría por eso o se enamoraría de mí?

−iVamos a salir de dudas! −me dije.

Los he seguido a distancia con la moto. Sólo pensaba en Ángel y en mí, intentando además volver a empezar algo, un nuevo ciclo, otra luna. He repetido la maniobra que hice con Patricio hace casi un mes, siguiéndolo primero desde una colina lejana. Reconozco que también he pretendido que Patricio se

acordará de aquella época en la que yo lo calentaba con la moto, así que he intentado hacerlo exactamente igual para que él solito descubriera que quiero dejas las cosas claras:

—Ahora me interesa tu pasajero.

Así que he terminado lanzándome contra el tractor a toda velocidad, como una suicida. Patricio ha acelerado, como hizo la otra vez, y yo he cruzado justo por delante de la boca de su tractor. Yo no me dice nada la idea del bicho. Quiero algo más. Se llama Ángel. En esta ocasión he estado mucho más cerca de que me atropelle. He salido por los pelos y durante un instante he visto ese túnel. Luego me he alejado un poco, para que Patricio reconociera mi maniobra, y he dado media vuelta en dirección al tractor. Cuando estaba apunto de llegar, por la puerta contraria ha salido Ángel y se ha puesto a caminar de espaldas, sin mirarme, alejándose de mí.

He aparcado la moto junto al tractor me he puesto de pie sobre el asiento. Patricio ha abierto la puerta y lo he besado metiéndole la lengua hasta el fondo. Estaba eufórica. Luego me ha cogido con sus enormes manos por los sobacos y me ha metido dentro de la cabina. En el momento en que estaba volando por encima de la cabeza de Patricio he mirado hacia Ángel, que se perdía en el horizonte, y le he visto mirándonos a través de algo brillante que tapaba su cara. Demasiado largos para ser unos prismáticos (¿...?). En la siguiente oportunidad que he en-

contrado para mirarle, cuando Patricio me estaba desabrochando el pantalón, ya no lo he visto. Luego he obligado a Patricio a follarme despacio, suavemente. Estaba pensando en Ángel.

Lo que siento por Ángel no me da miedo, y me encanta su misterio. Es todo lo que necesito para vivir con impaciencia. ¡Tengo planes para los próximos días! Éste es el pequeño futuro que reconozco, por fin, y del que puedo esperar algo bueno. He de ser hábil y optimista. Así da gusto la vida. ¿Se lo cuento a mi hermano?

No, aún no se lo he contado, pero está al caer, quizá esta mañana. Ahora estamos terminando de comer y él me acaba de dar la noticia de la muerte de Ulloa, así que no parece el momento apropiado para contarle mis planes. Me sacude un escalofrío por la nuca sólo de pensar que puedo estar enamorada. ¿Estoy enamorada de Ángel, o sólo de la idea de estarlo?... Está claro, lo reconozco, deseo estar enamorada de un hombre como él, desconocido, extraño, que no sabe mirarme y que no sé si lo atraigo, pero en el que confío. No sé por qué. Ángel es nuevo para mí. Quizá esta sea la forma de empezar a tener un auténtico corazón, de mirar como Ángela, de que mi pelo se esté volviendo rubio por debajo de mi piel.

Alberto se ha dado cuenta de que estoy distinta. Me pregunta qué me pasa. Le extraña mi falta de reacción por la muerte de Ulloa. A él le ha afectado mucho y a mí me importa un pepino. Se pasará de listo si piensa que por eso no tengo corazón. Me adelanto.

-Hoy me he enamorado.

Me mira sorprendido.

-Otro día te lo cuento.

Sonrie.

-Ya estoy impaciente.

Ha dado con la palabra clave.

Ayer 14 y hoy 15 de octubre

Dos días clave en mi vida, a ver qué pasa mañana, si se mantiene el nivel. Estoy desconcertada y poseída. Tengo la cara más seria, con la mirada enfocada, como concentrada en algo, por fin en algo que me atrae y que ocupa mi vida. Tiemblan mis horas aquí en el campo.

Voy a contar lo de hoy sin mostrar sorpresa, aunque es de las cosas más inexplicables que me han pasado en la vida. Y hablaré en presente, como lo he visto, como lo he vivido, a pesar de que ha subido mucho mi curiosidad por mi futuro.

A través de los prismáticos veo un viñedo lejano, en la parte sur de la comarca, que termina a corte en un terraplén. Desde allí se extiende un paisaje distinto, sin viñas, sin colinas, sin el rojo de por aquí y seguro que sin cochinilla. Un sitio a donde no quiero ir. Pienso que estoy bien donde quiero estar.

Pero lo más importante del viñedo que hay al borde del terraplén es que está Ángel sacando tres corderos del maletero de su coche, ese todoterreno blanco. Lo primero que pienso es que los corderos están disecados, porque al clavarlos por sus pezuñas sobre la tierra se quedan en su sitio, vibrando por el viento pero tiesos.

Ángel es un hombre grande y muy ancho, se nota incluso desde lejos. Hoy no lleva sus largos prismáticos (¿...?), así que no puede verme. ¡Mejor!, hoy no quiero llamar su atención.

Cuando el todoterreno se va, yo me acerco en moto a los corderos. Aparco al borde del terraplén. De cerca parece un acantilado de la costa mirando a un mar sin fondo y muy duro. Si alguien se cae no se hunde, sino que flota y se muere. Ya no quiero morir.

El viento aquí es muy fuerte pero no tiene olor, es frío y seco como el polvo, que se puede masticar, y no es raso sino que sube, supongo que porque choca contra el terraplén. No me extrañaría que levantara a los corderos, así como sopla, de arriba abajo. Tres corderos subiendo por el aire. ¡Qué flipe! Yo nunca he sabido volar, soy demasiado física, de pura tierra. ¿Y Ángel?... ¿Por qué ha plantado tres corderos aquí, muertos, agarrotados, próximos y en actitud familiar?... Parecen hermanos y

el temblor del viento les da algo de vidilla. Me quedo contemplándolos sin bajarme de la moto, que me da peso. ¿Quiénes sois?... He hecho suposiciones, así que...

-iiTonto!!... iiTonto!!

Lentamente cae un cordero, que queda tumbado sobre la tierra con las patas estiradas. No sabe volar, pero no hay duda de que son los tontos de Ulloa.

Me bajo de la moto y me acerco al cordero caído. Su olor es repugnante, es carne podrida con colgajos de lana. Lo pongo en pie y presiono sus lomos hasta clavar las pezuñas en la tierra, como vi hacerlo a Ángel hace cuatro minutos.

Le miro fijamente a la cara, acercándome mucho... Un ojo viscoso se va haciendo grande a mi paso y entro por una pared de algodón congelado, hasta que enfoco algo que me quita el frío, lanzándome muy lejos de aquí.

Estoy viendo viendo la última imagen que vio el cordero antes de morir. Identifico al pastor Ulloa, tieso, de pie, elevado medio metro sobre la tierra y con un rayo blanquísimo que entra por su coronilla y sale por el ombligo. A su lado están el perro *Ulloa* y tres corderos más, también elevados sobre el suelo. Al fondo se distingue al resto del rebaño pastando plácidamente.

Me separo de su ojo y me subo preocupada a la moto. Los miro, son tres, y claro... les hablo.

−iQué locura!... Aquí falta un cordero.

17 de octubre

He pasado dos días en vano, inútiles, sin verlo pero buscándolo, impaciente. Me han dicho que está visitando a todos los vendimiadores de la comarca, haciendo un test de sus vinos. O sea que por esta casa no va a aparecer. ¡Mierda!

Anoche tendí ropa en la parte de atrás y puse las sábanas justo encima de la trampa de Patricio. Esta mañana he vuelto a ver las manchas del hocico del jabalí, fotocopiadas, y la huella de una pezuña a tres centímetros del nylon de la trampa. Ha faltado poco. Voy a dejar las sábanas un día más.

El resto de la mañana he estado en el campo, buscándolo con mi moto. Nada, pero al llegar a casa mi hermano me ha dicho que ha estado aquí un tipo de una empresa de fumigaciones y pesticidas.

—Se llama Ángel —me he anticipado.

No me ha hecho falta decir más. Mi hermano se lo suponía. Es él.

- —Ha estado en tu huerta. Dice que hay que fumigarla y que puede añadir veneno para jabalíes. No podía haber oído nada mejor.
 - −¿Le has hablado de mí?

- —Le he dicho que no duermes bien por culpa de los jabalíes.
 - -Creo que siempre es el mismo jabalí.
- —Dile a Patricio que quite la escopeta del tejado, es peligrosa.

He salido a la huerta. Estoy alucinada viendo la huella de una bota de hombre grande justo dentro del círculo de nylon de la trampa, bajo mi sábana. ¡He podido matar a Ángel! Aunque la culpa habría sido de Patricio. Pienso que van a ser enemigos, o que ya lo son. ¿Por mí?... Quizá mis ojos lleguen a ver la disputa entre dos hombres por una mujer, que soy yo.

Al lado veo de nuevo las manchas del hocico del jabalí y sus huellas, sin tocar la trampa. ¿El jabalí es realmente más inteligente que Ángel?... ¿Ángel habrá olido mi sábana? Quizá haya dejado las marcas de su nariz, un poco más arriba. Las busco, pero mis ojos no están preparados para verlas, como su nariz, que es pequeña para oler mis sentimientos. Me encantaría que lo hiciera, o que lo hiciera, o que tuviera el finísimo olfato de mi inteligente jabalí. Ángel tiene mucho que aprender, si es que verdaderamente le intereso.

Mi hermano me ha seguido en silencio hasta la huerta, sin que yo lo supiera, y me ha visto oler mi sábana. ¿Qué habrá pensado?

-Le he dicho a Ángel que tengo un bar en el pueblo. Es po-

sible que algún día se pase por ahí.

Siempre le hago caso. Lo hice cuando Patricio y resultó. Aún no conozco los planes que mi hermano tiene para mí, pero yo obedezco a ciegas. Por puro instinto.

Ha empezado ha hacer frío y cada día anochece más temprano. Estoy en el bar jugando al billar con Patricio. Hay mucha gente. Ángel no está, pero conservo la esperanza de que venga. Estoy jugando mal, desmotivada, distraída, pendiente de la puerta. Siento que la etapa de Patricio se está terminando para dar paso a otra mejor. Reconozco que ha sido necesaria para llegar hasta aquí, a este momento, en el bar de mi hermano, en el que estoy esperado en secreto, nerviosa.

Manuel está sentado en una mesa junto a un grupo de gitanos. Ángel llega hasta la barra y saluda a Alberto. Charlan.

Me giro hacia la mesa de billar cuando Patricio tira sin pensar una bola fácil, con demasiada fuerza, demasiado confiado. Falla y lanza un grito que a nadie le interesa, de niño consentido, peludo. Se va hacia la barra. Le veo saludar a Ángel, que empieza a beber una gran jarra de cerveza sin mirar hacia aquí.

Mi hermano me sonríe mientras sirve un whisky a Patricio, que está diciendo algo a Ángel para que lo anote en una servilleta. Luego le pregunto.

Cuando Patricio se acerca, Ángel se va al teléfono. Me in-

clino sobre la mesa para él, esperando que me vea, y hago una carambola difícil.

- −¿Con quién estabas hablando? −pregunto a Patricio sin mirarlo, mientras apunto a otra bola.
- —Es el de la cochinilla, trabaja para una empresa de fumigación.
 - —Ha escrito algo en una servilleta.
 - -Mi número de teléfono.

Fallo mi bola. Miro hacia Ángel y lo veo hablando por teléfono. Patricio no lo ha visto. Está ensayando su tiro, demasiadas veces. demasiado cuidadoso. No le van estos gestos.

- –¿Y para qué lo quería?
- —Para avisarme cuando vaya a fumigar mis viñas.

Tira mal, sin tocar ninguna de sus bolas, y no grita. Hoy voy a dejarle ganar.

Meto la bola negra a destiempo y oigo las tripas de la mesa recorriéndome por dentro, hasta pisarme las plantas de los pies. Me pasa algo. Vuelvo la vista hacia el teléfono y descubro que Ángel no está. Miro hacia la puerta y lo veo salir del bar. Entrego mi taco a Patricio.

-Me duele la tripa, voy al servicio.

Acelero la moto intentando alcanzar el coche de Ángel. Veo sus luces rojas a lo lejos. No va de prisa. Llego hasta él y le adelanto por la izquierda, despacio. Al llegar a la altura de su ventanilla aminoro 1a velocidad para circular a su lado. No consigo llamar su atención. Parece distraído mirando hacia la luna. ¡Ya está, hemos llegado, estamos dentro de la luna del junquillo! Esto es lo que tenía que pasar, y ha ocurrido sin darme cuenta.

De pronto baja la ventanilla y saca cabeza. Me ve, con sorpresa. Acelero, me quedo unos segundos justo delante de la luz de sus faros y flexiono la cintura sacando el culo hacia atrás, como hice antes jugando al billar. Tomo a la derecha el camino de tierra que conduce a mi casa. No me sigue. ¿Por qué?...

Las preguntas no me dejan dormir.

Sigo tapada en al cama, hasta el cuello, boca arriba. Tengo los ojos abiertos mirando al techo, aunque no veo nada. Parece que estoy esperando la visita del médico. Parezco formal.

Temo que Patricio pueda aparecer de un momento a otro rompiendo la ventana. Y cuanto más tiempo lo temo más lo deseo, que venga, furioso. Pero lo haríamos sin tocarnos, sólo besándonos, a oscuras, conteniendo las ganas hasta el orgasmo. Nunca lo he hecho así, nunca se me había ocurrido. Ángel me inspira fantasías nuevas. Voy a empezar a ser romántica para él. ¿Por qué me inspira?... ¿por qué no viene Patricio?...

Imagino que aparece Patricio llamando a mi ventana, suavemente. Eso me extraña. Me levanto desnuda y la abro, esta noche hace muchísimo frío. Descubro a Ángel de cintura para arriba, amable. Hablamos largo rato mientras él me recorre el cuerpo con vista, disimulando, conteniendo a ese jabalí que todos llevamos dentro, incluso él. Eso es lo bueno. Y digo yo: ¿Por qué no puede pasar esto de verdad?... ¿Quién nos lo impide?... Yo estoy deseándolo ¿y él?... ¿Por qué no viene ahora mismo?... ¿Por qué nos hemos visto en la luna del junquillo y luego no me ha seguido hasta aquí?... Pues si no que venga Patricio.

La última pregunta. ¿Por qué Ángel ha llamado de noche por teléfono?... ¿A quién?... ¿Habrá ido a ver a Ángela, la mujer de Patricio?... ¡Qué barbaridad!

20 de octubre

Patricio está picado por el plantón de la última noche en el bar, y ya no me busca. Se está haciendo el interesante. Yo lo comprendo. Él a mí no. Nunca entenderá nada. Y no tiene ninguna importancia. Pongo boca abajo esta pequeña hoja de hoy y a esperar otro día. A ver si pasa algo.

30 de octubre

Llevo diez días sin escribir porque no ha pasado casi nada. Todo el mundo habla aquí de que van a empezar a fumigar los campos de la comarca para acabar con la plaga de cochinilla. Pero no he vuelto a ver a Ángel. Sólo he visto su coche de lejos, siempre de una casa a otra.

Ahora voy a escribir algo que ha pasado, poca cosa, casi nada, porque no sé cómo interpretarlo. Hace una semana vi un cordero muerto colgado del alero de la casa de Patricio. Estaba tieso y lleno de escarcha, como si llevara varios días a la intemperie. Una noche volví a pasar en moto junto a la casa y descubrí el coche de Ángel aparcado frente a la puerta. El cordero ya no estaba colgado. Luego vi llegar a Patricio en su tractor y entrar en la casa.

Alberto me ha contado que Patricio y toda su familia ha pasado varios días en cama, bebiendo agua, intoxicados por el cordero. Habían invitado a cenar a Ángel, el de la cochinilla, ya que les había regalado uno de los corderos que murieron por el rayo, junto al pastor Ulloa.

Y no sé más porque le pregunto poco. Y pregunto poco porque Alberto no ve nada extraño en todo esto. Pero... ¿qué está pasando con Ángel?... ¿Quién es?... ¿Cómo será cenando?... ¿Por qué les ha regalado un cordero intoxicado?... ¿Por qué los otros tres corderos los plantó en el campo?... ¿Dónde vive?... No duerme por aquí. ¿Y qué está pasando conmigo, quién soy ahora?... Todo es nuevo y extraño.

1 de noviembre

Ya estamos en noviembre. Por fin lo he visto, le he hablado y me ha mirado. Ha sido esta mañana. Lo voy a contar como si me estuviera ocurriendo en este momento, me expreso mejor.

Junto a la carretera veo un astronauta de hierro de tres metros de alto rodeado de un montón de gente del pueblo. Reconozco que se trata del fumigador que vi dibujado en el coche de Ángel. Hay dos vallas más pequeñas que nos avisan que están fumigando y que no respiremos cerca.

-iAire tóxico!

iMe encanta!

Me meto entre la gente con la moto y paro al lado de veinte astronautas a escala humana. Entre ellos descubro al gitano Manuel. En seguida compruebo que todos son gitanos menos uno, que es el que habla en voz alta dando instrucciones de cómo hay que fumigar. Es Ángel.

Al terminar nos grita a todos los curiosos que nos alejemos porque van a empezar. Es increíble, estoy al lado de Ángel y aún no me ha visto.

-iiTonto!!... iiTonto!!

Es todo lo que se me ocurre.

Ángel se vuelve en dirección contraria a mi voz, y se queda mirando a Patricio, que a su vez me mira sorprendido.

-Aquí... iiTonto!!

Ahora sí me mira.

- —El otro día te vi cogiendo un cordero en la carretera. ¿Te acuerdas de mí?
 - −Sí.
 - -Llevo un rato mirándote. ¿No te has dado cuenta?

Mira al horizonte, despejado, sin restos de tormenta. Quizá sea la forma, él lo sabe mejor que yo, de mirar a una bruja guapa. ¿Por qué no?...

—Claro que te has dado cuenta, no seas coqueto. ¿Cómo te llamas?

Se acerca con todo su peso. Es enorme. Y me salpica la cara.

-Ángel.

Da por terminada la conversación y me abandona. Yo me despido, hablando a una montaña que se aleja.

—Es verdad, ya me lo dijiste.

Es muy curioso, sólo hemos hablado dos veces pero repitiendo la misma conversación. Y yo me he quedado con una sensación casi idéntica a la de entonces. Casi con la misma pregunta: ¿por qué a los demás no los esquiva como a mí?...

Nos apartamos todos y los astronautas hacen una fila perfecta de espaldas a la carretera. Ángel hace funcionar el motor de una bomba esférica colocada sobre su remolque del todoterreno, del que salen unas mangueras de goma transparente que conectan con las mochilas de los fumigadores.

Veo llegar a Ángela y detenerse mirando a Ángel, que por detrás es como todos, hasta que su casco se vuelve hacia ella. ¿Qué ocurre entre los dos?... Ángela me mira y la cabeza de Ángel gira de nuevo dando toda la vuelta hasta encontrarse conmigo. Yo le saludo agitando tontamente la mano. No reacciona. Su casco vuelve a mirar hacia el viñedo, da un paso al frente y de las mangueras de los astronautas comienza a salir un polvo blanco que va formando una nube a ras de tierra que poco a poco se los va tragando.

Vuelvo la vista hacia Ángela y veo que Patricio la rodea con su brazo, sin mirarme, como si fueran una pareja de enamorados. ¡Qué tontería!

7 de noviembre

Hace muchísimo frío y algunos viñedos parece que tienen nieve en exclusiva. El polvo blanco y tóxico dura unas veinticuatro horas en desaparecer, así que el paisaje de esta semana ha sido distinto cada día. En realidad se está moviendo. Se desplaza lentamente contagiando una mancha limpia pero letal. Desde lejos, los astronautas son virus infectando implacablemente una preciosa enfermedad que ya querría para mí. Parece un mal del cielo cercano, un mal de nubes. Imagino la sensación de bucear

dentro de ese polvo para desaparecer al lado de Ángel conteniendo la respiración. Pero sólo puedo verlo a distancia, ya que él vive en medio de ese veneno que un día me dará de probar.

11 de noviembre

Esta mañana hace un sol frío de otoño, muy limpio. Me encuentro con un follón montado junto a la carretera. Paro la moto veo a un grupo de hombres del pueblo sacando escopetas de caza de sus coches, recién aparcados. Tienen prisa y se las reparten unos a otros. Descubro que el responsable de este lío es Patricio, que grita a todos para que corran hacia maizal, alto y muy seco. Él sabe que estoy aquí, en medio de todo, pero no quiere mirarme. Está aprendiendo de Ángel, no es mala señal.

Por la carretera se acerca el camión de los gitanos, que seguramente se dirige a algún viñedo donde les estará esperando Ángel para iniciar una nueva jornada de fumigación. Patricio, escopeta en mano, sale corriendo y les hace parar. Se bajan todos, sorprendidos, y ordena a los hombres que cojan cada uno una escopeta de las que hay tendidas sobre una manta.

Patricio se acerca a mí y me cuelga en bandolera una pesada bolsa de piel de cabra.

—iReparte la munición!

Y se va. Es divertido, ni siquiera ahora me ha mirado direc-

tamente a la cara, se le nota mucho que está picado. Intenta lucirse para mí. Al colgarme la bandolera me ha acariciado suavemente el pecho, y luego la cadera para ajustar la bolsa delante de mi muslo. Lo ha hecho rápido y con disimulo, pero los dos hemos sentido el contacto. Meto la mano en la bolsa y noto que está llena de cartuchos. Saco uno y lo huelo. La pólvora huele a campo de batalla, a guerra masculina, huele a muchísimos hombres guapos y muertos.

Llega más gente, unos andando y otros en coche. Compruebo que sólo hay hombres con caras tensas y graves. Con el arma en sus manos parece que han venido a hacer algo urgente por la Humanidad. Y yo corro entre todos ellos repartiendo cartuchos con las dos manos. Parezco útil. Sopla el mismo aire para todos, con un olor viejo, muy terrícola.

Cargan sus escopetas como si lo llevaran haciendo toda la vida y corren hasta colocarse en una perfecta fila frente al maizal, escuchando las consignas de Patricio, que sólo sabe hablar a gritos.

—iiEste maizal está lleno de guarros!! iiHay que acabar con ellos!!

Se ha salido con la suya, está muy erótico.

Veo acercarse a los lejos el todoterreno de Ángel. Corro hacia la carretera, le hago frenar y me asomo a su ventanilla para hablarle a la cara.

-Hacen falta cazadores, ¿sabes disparar?

Ángel me mira grave y responde con seguridad:

- −Sí.
- -Ese maizal está lleno de jabalíes.

Quita la vista de mis ojos como si algo le escociera. ¿Un aire que ve en mí?... ¿Soy la peor de todos?... Y responde para sí mismo:

-¿Jabalíes?

Le abro la puerta con decisión y sale obediente.

El maizal está a más de cincuenta metros del borde de la carretera. Camino a paso ligero y Ángel se pone a mi lado, muy serio. Su expresión es ya como la de los demás, pero yo le hablo sólo a él.

—¿Sabes que me falta el corazón?

Ángel me mira sorprendido sin detener el paso.

—Una noche me asomé por la ventana para ver si llovía... y un jabalí me lo zampó.

Abro la boca y me como el aire que nos separa. Ha sonado como un zarpazo.

Patricio está hablando a sus hombres, explicándoles a gritos que deben correr con el cañón hacia arriba y el dedo en el seguro. Lo escenifica con fuerza y seguridad. Yo también grito.

—iiPatricio, aquí tienes a otro!!

Es la primera vez que hablo a Patricio en tres semanas.

¿Qué le habrá parecido? Llego hasta la manta donde quedan varias escopetas y cojo dos que le ofrezco a Ángel.

—¿Cuál te gusta más?

Las mira y lo piensa. Llevo una en cada mano con los cañones apuntando hacia el cielo y los brazos estirados. Ángel aún no me ha mirado directamente a la cara. En la mano derecha llevo levantada una escopeta clásica de dos cañones horizontales y en la izquierda otra de cañones superpuestos, como la que se comió Patricio en mi dormitorio y que ahora está en el alero del tejado de mi casa haciendo de trampa. Coge con decisión esta última. Yo sonrío, claro.

-A mí también.

Me coloco frente a Ángel, le doy dos cartuchos y carga la escopeta en segundo y medio.

—¿Por qué todos los hombres sabéis disparar?

Ángel ni me mira ni me contesta. Lleno de cartuchos los bolsillos bajos de su cazadora. Luego me quedo así, con mis dos manos metidas en sus bolsillos, muy cerca de él. Es la primera vez que lo toco, y esto se parece a un abrazo.

Miro hacia Patricio, que sigue hablando a gritos. Está avisando que hay que tener mucho cuidado; sólo hay que quitar el seguro cuando se tenga a tiro un jabalí.

—iiY disparad siempre hacia adelante!! iiNunca hacia los lados ni hacia atrás!!

Se vuelve y nos mira.

-iEs peligroso!

Luego se dirige hacia la fila de cazadores, colocándose junto al gitano Manuel.

Ángel me mira de repente, algo preocupado.

-Tengo la sensación de que esto no ha pasado nunca.

Yo también me quedo pensativa, para él, alargando el momento todo lo posible. Mis manos nunca habían estado dentro de los bossillos de su cazadora, rozando sus caderas.

—¿Sabes qué edad tengo?

Ángel niega con la cabeza.

-Diecinueve.

Saco mis manos de sus bolsillos, lo sujeto un instante por el brazo y acerco mi boca a su oreja.

-Ponte entre Patricio y Manuel, se llevan mal.

Patricio tiene pinta de racista. Y no calla.

—iTenéis que entrar corriendo y gritando!

Empujo a Ángel de nuevo y me obedece. Veo que llega hasta la línea de cazadores, colocándose donde le he dicho. Correrán juntos, tres hombres distintos, mis preferidos del campo. Y hoy manda Patricio.

—iiLa señal será mi disparo!!

Patricio levanta la escopeta y dispara al aire. Todos comienzan a correr y gritar desapareciendo en el interior del maizal.

Yo no me quedo aquí. Voy corriendo detrás de Ángel con las cañas golpeándome todo el cuerpo. En este tupido bosque de palos secos y amarillos ha estallado una extraña locura. Hombres que corren, gritan y disparan no sé muy bien a dónde. No veo nada, sólo manchas, cañas moviéndose, humo y las suelas de las botas de Ángel. Estiro los brazos hacia el frene, para protegerme, y levanto un poco la vista.

Ángel es habilísimo con la escopeta, está disparando y cargando sin parar de correr y gritar. Parece embrutecido. Veo la sombra de un jabalí por delante de él. Dispara y se oye un gruñido de dolor, escalofriante. Un instante más tarde, Ángel vuelve a disparar y cae Patricio gritando. Debería parar para ver qué le ha pasado pero no quiero perder el rastro de Ángel. Va persiguiendo al jabalí, que debe de estar herido, pero yo estoy cada vez más cansada y sin darme cuenta me veo sola, perdida.

Oigo gritos procedentes del interior del maizal y voy a ver qué ocurre.

Me encuentro a Patricio acusando al gitano Manuel de haberle disparado. Sólo tiene un perdigón en el brazo, que se saca delante de todos presionando con los dos dedos. Sangra mucho.

El gitano, muy digno y sin levantar la voz, niega que le haya disparado. Patricio se levanta y comienza a atizarle una paliza brutal a base de patadas y puñetazos. Manuel se defiende como

puede pero cae al suelo varias veces. La gente del pueblo se queda a distancia, sin intervenir.

Manuel cae a los pies de Ángel, que no parece mirar a nadie, que parece vivir en la nada. Charly, el hijo de Manuel, coge una escopeta y apunta a Patricio con rabia, gritándole:

−iiNo le toques o te mato!!

Patricio le quita la escopeta de un manotazo y con la otra mano le tira al suelo. El crío grita señalando a Ángel:

-iiEl tiro te lo ha pegado Ángel, yo lo he visto!!

Todos se quedan callados. Patricio, con la escopeta en la mano, se muerde los labios y resopla sin mirar a nadie.

De repente estira un brazo y dispara contra el suelo, justo delante los pies de Ángel, que da un salto hacia atrás que le hace caer de espaldas.

Patricio le habla sin gritar.

—¡Lo voy a pensar!... y si empiezo a sospechar, yo solo, que puede ser verdad, te juro que voy a buscarte... y te mato.

Ángel se levanta despacio caminando hacia Patricio. Se encoge de hombros y le habla en serio, demasiado, es una seriedad como una montaña.

-Para mí no tiene importancia morir.

Se acerca más al oído de Patricio:

—Ya estoy medio muerto. Soy un ser complejo.

Patricio sonríe de forma burlona.

-Pero mira tus manos...iTiemblan de miedo!

Ángel baja la cabeza y se mira las manos, lleno de pena. Patricio tiene razón.

−iTú no eres especial!

Ángel levanta la vista, parece más pequeño. Su voz es insegura.

—A nadie le hace falta que yo siga vivo.

Ángel nos abandona caminando abatido entre el maizal. Yo le sigo unos metros, despacio. Veo un jabalí muerto cerca de mis pies y otros dos más lejos, por donde ahora pasa Ángel, cabizbajo. Me detengo sin dejar de mirarle esperando que se vuelva para verme. Y lo hace, sólo un instante maravilloso, sólo para mí, roto, desolado. Y veo cómo se pierde. Ahora sé que nos volveremos a ver.

Manuel no ha dejado que nadie le ayude y se ha ido con toda su familia. Tiene razón para estar enfadado. El médico del pueblo ha cosido cuatro puntos en el brazo de Patricio. Me he quedado con él todo el día, aunque sigue fingiendo que está enfadado conmigo. Quiero decir que aunque tenga motivos para estarlo se está empeñando excesivamente en demostrármelo. Yo me dejo. Él quiere que yo pague ahora por todo lo que a él le ha puesto celoso: por el plantón de aquella noche en el bar, por meter cartuchos en los bolsillos de Ángel y por ser cariñosa con Manuel intentando convencerle para que le vea un médico. Así

que yo me dejo castigar por su fingida indiferencia porque tiene derecho. Pero sobre todo porque me da igual. No me afecta lo más mínimo. Es más, me descojono.

Estamos jugando al billar en silencio y esta vez no me va a ganar, a pesar de que tenga un brazo cosido. No se merece tanto. Entra Ángel en el bar. Esta noche no me lo esperaba. Se va directamente a la barra a hablar con mi hermano, sin mirar hacia aquí. Un enorme policía foral le saluda levantando su jarra de cerveza. Está muy borracho y habla tan alto que puedo oírle.

−iÁngel... loco!...

Todos mirar hacia ellos.

Mi hermano se ríe y, mirando hacia aquí, le dice algo a Ángel, que se encoge de hombros. Todo el pueblo sabe ya que Patricio le ha amenazado de muerte si descubre que él ha sido quien le ha disparado. No veo al gitano Manuel ni a ninguno de su familia.

¿Por qué ha venido Ángel al bar sabiendo que es fácil encontrar aquí a Patricio?...

Algunos están mirando a Ángel y a Patricio, pero ellos no se han visto todavía. Si lo hicieran se encontrarían primero conmigo, en medio. Con la puta del bar.

El poli foral se acerca a Ángel. ¿Y ahora de qué están hablando, los tres? Daría lo que fuera por saberlo.

Juego y fallo una bola fácil. Estoy distraída, acabo de descubrir lo que está pasando. iÁngel ha venido para ver a su chica! Ya no soy la puta del bar. Paso el taco a Patricio, le toca jugar a él. Me da igual quien gane.

Yo también voy a ser valiente. Entro en una zona solitaria y mal iluminada del bar, busco una línea de visión despejada de gente y me quedo mirando directamente hacia Ángel. Noto el valor en el miedo, que me aprieta la nuca con sus manos huesudas. Es un sufrimiento sordo, y no está mal, todo es ponerse.

Cuando Ángel me mira cruzo las piernas y comienzo a frotarlas, de abajo arriba, sin usar las manos. Primero apretando un pie contra oro, luego las rodillas y al final los muslos, hasta que siento caliente el coño. Estoy totalmente de pie, muy estirada, y quiero que vea que me estoy masturbando para él. En seguida retira la vista y continúa hablando con mi hermano y el poli borracho.

Mi cuerpo comienza a sacudirse. Ángel vuelve a mirarme, yo no me quita la vista de encima. Al llegar al orgasmo se me tuerce un tobillo, pierdo el zapato y Patricio me pasa su taco de billar. Lo cojo como si no hubiera pasado nada y, cojeando, me vuelvo a la mesa para jugar una bola. Mi respiración está tan agitada que no puedo apuntar. Giro la cabeza y veo a Patricio pisando la punta de mi zapato perdido y mirando a Ángel con una expresión atroz. Da miedo.

Ángel da media vuelta y sale del bar. Patricio se vuelve hacia mí. Mi hermano abandona la barra y se acerca. Es la última persona con la que querría que Patricio se pegara. Alberto es alto pero flaco. Apunto hacia una bola y siento que me tiemblan las manos. Eso me gusta y fallo. Devuelvo el taco a Patricio y le hablo despacio.

—No me importa lo que quieras hacerme, pero como toques a mi hermano no vuelves a verme en tu vida.

Alberto coge a Patricio del brazo y le habla rotundo, pero sin levantar la voz:

—Suave, con ella suave, Patricio. Y como la vuelvas a mirar así... te saco los ojos.

Patricio se ríe a carcajadas y yo alucino con Alberto, no le conozco lo suficiente, es todo un monstruo. Es dificilísimo hablar así, no se puede explicar...

-La próxima vez que te burles de mí te echo del bar.

Patricio se empequeñece. Este tipo de situaciones me fascinan.

—¡Qué pasa!... ¿La habéis tomado conmigo?... ¡Qué monos, los hermanitos!

Llega el enorme poli foral, que ahora parece menos borracho.

-Aquí no va a pasar nada. De eso me encargo yo.

Patricio no puede con Alberto, así que ahora sólo se dirige a

mí. No me ha mirado en todo el día y a hora no me quita ojo.

- —No tengo nada contra tu hermano, pero tú eres una puta.
- —Una puta cría. Eso es lo que te gusta.
- -iLargo de aquí! -le ordena Alberto, tan tranquilo, tan eficaz que Patricio me coge la mano y tira de mí. Yo no le ofrezco resistencia. Al pasar junto a mi hermano le digo con un gesto que no pasa nada, es más, le quiero decir algo más: le echo un polvo y le dejo suave, como tú dices.

Salimos del bar y Patricio me habla amenazante:

-Nos vemos ahora en tu casa.

Se mete en su viejo Alpine azul y arranca a toda velocidad.

Voy en moto por la carretera con el acelerador a tope. Temo que Patricio pueda alcanzar a Ángel. Veo a lo lejos las luces de dos coches que se persiguen a mucha velocidad. Tras un cambio de rasante me parece ver ahora que están detenidos. Me voy acercando y descubro que al Alpine de Patricio está atravesado en medio de la carretera por delante del todoterreno de Ángel.

Llego y paro la moto entre los dos coches. Patricio tiene arrinconado a Ángel, de pie contra un lateral de su todoterreno. Con una mano le agarra la garganta y con el puño de la otra prepara un puñetazo que no va a dar por mí. ¿Y si yo hubiera llegado un poco más tarde?... Me habría encontrado a Ángel desfigurado, respirando saliva, mocos y sangre debajo de su coche.

—iNi te acerques!... iCómo te vuelva a ver mirándola... te saco los ojos!

Esto es para descojonarse.

—¿A todos los hombres os gustan las peleas?

Patricio suelta a Ángel y se dirige a grandes zancadas a su coche ordenándome con una palmada en el lomo que le siga. Yo sólo miro a Ángel. Le sonrío.

—A ti un poco menos, ¿verdad?

Ángel retira bruscamente la vista de mí, como si le diera miedo. ¿Yo?... No me entiende.

Patricio hace recular su coche y sale con nervio. Pienso en medio segundo en los sexis que pueden resultar algunos chulos hijos de puta pasados de rosca. Así que arranco detrás de él... pero cuando no me ve, me vuelvo hacia Ángel, que me mira sin poder evitarlo, y le hago un gesto clarísimo invitándole a que me siga.

Mientras me alejo pienso en mí. ¿Qué hay dentro de mí?... ¿Quién me ha enseñado a moverme hacia dos sitios distintos, en dos medios segundos? ¿Realmente esto es pensar?... Soy mala.

Todo lo que está ocurriendo en mi dormitorio lo hago por si Ángel me ha hecho caso y ahora me espía. Si no no dejaría que Patricio me desnudara con tanta violencia. Se cree el amo, pero no se da cuenta de que cada vez estamos más cerca de la ventana. Yo estoy de espaldas, ofreciendo mi cuerpo a Ángel, dedicándole todas mis posturas. Me vuelvo loca imaginando que me está viendo, que le estoy excitando.

Pero ¿por qué iba a venir, si no lo hizo la otra noche, cuando estaba sola?... Patricio me tira al suelo y empieza a follarme como una perra, como a él le gusta, como a mí me volvería loca si supiera que Ángel me está mirando. Intento ponerme encima para que se me pueda ver bien desde la ventana, pero cada vez estoy más convencida de que es imposible que me haya seguido hasta aquí. Es sólo una de mis fantasías. Empiezo a desconcentrarme y a estar rabiosa con Patricio, que es un bruto. Quiero saber ya si Ángel está o no fuera. Lo necesito, pero con esta fiera encima no es fácil.

Si Ángel me está espiando quiere decir que se está jugando el pellejo por mí, que no le importa arriesgarse a una paliza de Patricio con tal de verme desnuda, follando. Quizá eso significa que me desea tanto que es capaz de hacer una locura como ésta, o sencillamente que me desea tanto que me quiere. Se ha enamorado, igual que yo. Daría mi vida porque eso fuera cierto.

He conseguido sentarme encima de Patricio, de frente a la ventana, pero mi garganta empieza a estirarse sin remedio, así que me entrego, ya sólo quiero llegar cuanto antes arriba. iA la mierda con Ángel! Cojo a Patricio por la nuca, le levanto el tronco y le estrujo contra mi pecho mientras le chupo la cara

con la lengua larga que tengo.

Suena un disparo que me hiela la sangre. iiLa trampa ha matado a Ángel!! Patricio el culpable, me suelta de golpe.

−iiDios, un guarro!!

Se oye el gruñido de un jabalí y me estalla una pregunta, dos en una: ¿Qué hubiera preferido... que Ángel me hubiera espiado aunque ahora estuviera muerto... o siguiera vivo porque no ha venido, no le intereso, porque ya sólo puedo gustar a animales del mismo pelo que Patricio?... Contesto algo que no puede ser una respuesta.

−iCorre, está vivo!

Patricio sale corriendo de mi dormitorio, me quedo sola, me odio. Le oigo coger la escopeta del salón y yo reconozco que si Ángel no va a ser para mí, su vida me afecta poco. Soy una puta egoísta, doy asco.

Me asomo a la ventana. Sobre la loma que hay frente a la casa veo aparcado el todoterreno de Ángel y no me sorprendo lo más mínimo. Un ataque de tranquilidad. Estoy congelada, ¿qué es esto?... Veo fríamente la posibilidad de que Ángel esté tirado en la huerta con la cabeza llena de perdigones, muerto. El jabalí es el que ha escapado, es más rápido, más listo.

Ahora pasa Patricio sigiloso frente a mí, empuñando la escopeta y en actitud de acecho. Está disfrutando. ¿Habrá visto el coche de Ángel?...

—Enséñame el morro... guarro. Esto no se te va a olvidar en tu vida.

Patricio y yo nos miramos un momento. Si me disparara el corazón no sangraría. Un jabalí sale corriendo en dirección al camino de tierra. Patricio apunta con tranquilidad y le abate a distancia de un certero disparo. El jabalí yace despatarrado en el suelo, gritando espantosamente.

Patricio vuelve a puntar. Ahora al frente, hacia el todoterreno de Ángel. Dispara reventando una rueda delantera. Luego se vuelve hacia la casa. Veo que sus ojos no han encontrado a nadie, pero habla en voz alta:

—He tirado al guarro pensando en ti. Y me ha gustao.

Patricio regresa hacia la puerta principal. Oigo un pequeño crujido detrás de la contraventana de madera, a pocos centímetros de mi cuerpo. Por fin reacciono, como sacudida por una descarga eléctrica. Alguien que me ha perdonado.

Miro entre una de sus rejillas y descubro una nariz acercándose, como intentando descifrar un olor que acaba de percibir. Yo me acerco más a la rejilla y veo los ojos brillantes de Ángel. Sonrío y le pido todo lo bajo que puedo, que quiero:

-iCómeme el corazón!

Oigo a Patricio entrar en la casa. Cierro despacio la contraventana y la ventana. Entra en el dormitorio, muy arrogante, dispuesto a continuar la faena. Yo me niego. Nos peleamos. Intento vestirme pero me agarra con fuerza. Me tapo el coño con una mano. No voy a hacer lo que no quiero hacer, así que ordeno la situación.

- —¡Túmbate en la cama y nos dormimos! Mañana ya veremos.
 - −No me jodas.

Se pone la escopeta en la espalda y por entre las piernas, debajo de su polla, va sacando poco a poco el cañón. Como efecto no está mal y a él le excita, se ve.

- -Mira cómo se me empalma.
- -Pues te haces una paja.

Patricio coge el hierro haciendo que se casca una paja de medio metro mientras me pongo una camiseta y me meto en la cama. Creo que ha comprendido que ya no es el momento. Deja la escopeta tirada y se acuesta a mi lado.

Seguro que a estado espiándonos. Es un degenerado.

Es un valiente. Yo estoy feliz. Ángel es de verdad. Existe incluso en mis fantasías más extrañas. Eso es el amor.

Patricio aprieta su polla empalmada con su manaza, como si de paso estuviera estrangulando a Ángel.

- -Ni lo sueñes.
- -iChúpamela!
- —Si me obligas a hacerlo no vuelves a verme en tu vida.

Patricio comienza a hacerse su asquerosa paja.

- —¿Puedo tocarte mientras tanto?
- —Todo menos el coño, y sin besos.

Me pongo boca abajo.

-Acaríciame nada más, suavemente.

Patricio acelera su paja moviendo toda la cama y manoseándome los muslos, el culo, la cadera... ¿Cómo será el placer de los tíos?... Yo comienzo a apretar mis piernas sin que se entere, poniendo en medio a Ángel, mi gran amor. Patricio se corre dentro de mi raja del culo y se aparta, resoplando como un hipopótamo. En seguida empieza a roncar, dejándonos a solas, hasta que tengo un orgasmo larguísimo, en secreto, en silencio. Luego me levanto y acerco los ojos a una de las rendijas de la contraventana. Fuera veo a Ángel terminando de cambiar su rueda pinchada se sube al coche y se va. Me duermo con una sonrisa, saboreando mi relación con Ángel. Me ha seguido y ha estado espiando mis fantasías. Eso lo dice todo.

12 de noviembre

A la mañana siguiente me desperté muy temprano, acababa de amanecer. Me di cuenta de que si Patricio seguía roncando a mi lado era porque no se había despertado en toda la noche. A esas horas Ángela ya debía saber que su marido estaba pasando la

noche con una mujer. No le desperté ya que si lo hacía se iba a enfadar muchísimo, sobre todo conmigo. ¡Que se joda!

A partir de esta mañana todos mis movimientos van a estar encaminados a dejar a Patricio y a conquistar para siempre a Ángel. Pero el camino no debe ser recto, salir de un sitio y entrar en otro. Necesito calcular mis pasos, tomar un camino intermedio para que ninguno de los dos me vea andar. El problema es que si Patricio descubre que le dejo por Ángel, es capaz de destrozarlo para que no me quede nada. Tengo miedo por Ángel, así que he decidido un plan para protegerle, una maniobra provisional.

Me vestí en silencio y salí de casa. Hacía muchísimo frío. Fuera vi aparcado el Alpine de Patricio, la vieja moto de Alberto y la mía. Caminé fuera de la casa sin hacer ruido. Vi las huellas de las botas de Ángel bajo mi ventana. Espero que no se borren nunca. Al lado descubrí los pies descalzos de Patricio junto a las pezuñas del jabalí, en plena carrera. Todo lo ocurrido la noche anterior estaba grabado allí, en la tierra.

Llegué hasta la huerta. La escopeta estaba apuntando al cielo. Colgaba un cable de nylon roto del gatillo. No había señales de que el jabalí hubiera escarbado, pero volví a ver la sábana manchada y sentí que eran manchas muertas, manchas de un hocico que nunca más volvería a olerme.

Me alejé de la casa y seguí sobre el barro el trayecto de un largo hilo de nylon que terminaba en la pata trasera del jabalí. El nudo casi había amputado su pezuña. Su cadáver peludo yacía solo en medio del barbecho. Era enorme. Le acaricié el hocico, el colmillo, y le metí en la boca mi dedo corazón. Así fue como le reconocí. Tuve la certeza de que siempre hacía sido el mismo jabalí, con lo que se cerraba un ciclo de mi vida que daba paso a una luz más azulada y brillante, la luna de Ángel.

Oí gritos procedentes de la casa.

—iiMari!!... ¿Dónde estás, sabes qué hora es?

Corrí hacia mi moto y arranqué en el momento en que Patricio salía por la puerta terminándose de vestir. Crucé el barbecho pasando al lado del jabalí y me interné en el campo para que el coche de Patricio no pudiera seguirme.

Desde una colina vi a su Alpine llegar derrapando al cruce con la carretera, y tomar el asfalto a toda velocidad en dirección a su casa. Sentí lástima por su mujer y su hija. Su vida no merece dos Ángelas.

Fui directamente al poblado gitano que hay junto al pueblo y reconocí el camión de la familia de Manuel. De la chabola cercana salió Charly, que se quedó mirándome.

-¿Qué tal está tu padre? −le pregunté.

En ese momento salió Manuel, cojeando y con la cara magullada.

- -He venido a ver cómo estás.
- —Gracias, estoy bien.
- —¿Me dejas la moto? —me preguntó Charly con descaro.
- —Claro. Te lo prometí.

Me bajé y esperé a que Charly se montara. Se lo pensó mejor, mirándome a mí y a la moto:

-Primero me llevas tú, así me enseñas.

Me subí y él se sentó detrás. Hay expresiones en los hombres, sean del tamaño que sean, que no se me escapan. Arranqué, ni muy de prisa ni muy despacio, y Charly se me agarró con fuerza a la cintura.

—A la vuelta la llevo yo.

Aceleré para subir con control una colina de tierra, haciendo slalom entre cepas desnudas. En cada quiebro noté que Charly exageraba al hacer que estaba a punto de caerse, soltando sus manos, sujetándolas de nuevo a mi cintura y a veces pasándolas por encima de mi pecho. Ese niño me estaba tanteando.

Al llegar a lo alto de la colina aminoré la velocidad. Disfrutamos en silencio del paseo. La mano de Charly se metió suavemente por debajo de mi chupa, de mi jersey... No llevaba sujetador y el se quedó un rato con mi teta. No parecía que fuera la primera vez que tocaba, y yo no puedo decir que no sintiera

nada porque en seguida empecé a pensar en su padre. Entonces frené y me bajé de la moto para que condujera él.

- −¿Sabes llevarla?
- —Sí, está chupao.

Charly conduce de maravilla, eso no me lo esperaba, pero sólo pude abrazarle apretándole un poco hacia mí, y besarle una vez la nuca, corta, algún día se estirará ¿Por qué hay tanta diferencia?... Sólo tengo unos cinco años más que Charly, pero más de diez, y hasta quince menos que Ángel, Patricio, Manuel y Alberto.

Al llegar al campamento, los gitanos estaban subiendo al camión. Charly se montó en la cabina, sin despedirse, sin mirarme. Su padre asomó la cabeza por la ventanilla y me miró.

- —Yo no disparé contra Patricio.
- —Fue Ángel –dijo Charly.

Me acerqué al camión.

- -¿Estás seguro?
- —Tú también lo viste —me dijo el crío con mucha seguridad.
 - −iYo no vi nada!

Arrancaron y se fueron. Ángel les estaría esperando en algún viñedo.

Prefiero que Patricio piense que estoy enamorada de Manuel. O no tanto, simplemente, que soy una puta que se ha cansado de él y que ahora le abandona para follarse libremente a un gitano guapísimo. Quiero que Patricio entienda que su rival no es Ángel, sino Manuel. Éste es el plan provisional al que me refería antes. Y siendo sincera ha de reconocer que me apetece muchísimo echar un polvo con Manuel, si además consigo con eso salvar el pellejo de Ángel, al que no debo ver durante varios días. Ya veré cuántos.

A ver, debo pensar en todo. Manuel no corre auténtico peligro. Creo que Patricio piensa que le pegó injustamente. Ahora sospecha de Ángel. ¿Le disparó en el maizal?... ¿Qué prefiere Patricio?... No lo sé, pero es un racista, así que le molestará menos que me acueste con un gitano que con un payo. Para Patricio, un gitano es un hombre sin futuro del que me puedo cansar pronto, sólo un capricho sexual. A Ángel lo ve mucho más rival, que además se comporta como un enemigo declarado. ¿Y si anoche nos espió para retar a Patricio, no para verme?... Quizá sean las dos cosas, o puede que no lo sepa ni él. Si yo fuera Ángel, tampoco sabría todo lo que le quiero. ¿Tengo que demostrárselo?...

Esta noche paseo con Manuel recorriendo ese camino intermedio que me llevará a Ángel. Pero además quiero estar segura de algunas cosas. Los gitanos han vuelto muy dolidos con Ángel ya que no les ha querido pagar la jornada de hoy. Les acusa de haberles robado la paga y ellos lo niegan.

Manuel me dice que mañana le van a pedir el dinero que les debe, y que si no les paga se van y lo dejan fumigando solo. Me hace daño la idea de que Ángel sea un cerdo racista, o un aprovechado. Eso encaja con la sospecha de que sea además un asesino. ¿Por qué ni siquiera ha reconocido que se le disparó el arma, que fue un accidente?... ¿Por qué permitió que Patricio pegara a Manuel por su culpa?... ¿De qué tipo de loco estoy enamorada?...

He pasado la noche con Manuel. No quiero escribir nada sobre esto, sería dar importancia a una relación que pronto voy a cortar, que casi me he inventado, pero ha sido con mucha lengua, saliva, piel. Sí, tiene una piel oscura y suave, maravillosa. Y no he dejado de pensar en Ángel. Mi amor le quiere hacer inocente de todo. No hay que pensar. Seguro que algún día me lo contará y me quedaré tranquila.

13 de noviembre

Por la mañana los gitanos salen temprano en el camión. Si vuelven pronto será mala señal, pero yo me vuelvo a casa para no verlo. En moto, por la carretera, voy hablando sola intentando infundir cordura en Ángel.

 –Ángel, mi vida, págales lo de ayer. Si lo haces me olvido del disparo a Patricio. Cocino para Alberto, se lo cuento todo y a final me fumo con él un peta de maría. El primero desde que pensé en ser escritora. Cuando me ve sonreír al sol, flotando boca arriba, sin miedo a que me muerdan los peces grandes, aprovecha para decirme que el propio Ángel no sabe realmente si disparó contra Patricio. Han estado hablando. Le ha confesado cosas que prefiere que un día me las cuente él personalmente. Lo que le extraña es que no haya pagado a los gitanos, ya que Ángel se empeñó en contratarlos porque se habían quedado sin trabajo después de la vendimia.

Nos quedamos en silencio. ¿Qué sabe de Ángel que no me quiere contar?... No pude ser algo muy malo: Alberto se ha dedicado a quitar importancia a todos mis temores. Me fío de él, es lo que mejor me sale y lo que más me conviene. Nada, aquí no hay problema.

—He quitado la trampa de Patricio.

Pienso que es una buena noticia.

- -Espero que no vuelva por aquí -le digo.
- —Si quieres le ponemos una especial para él.

Me troncho de la risa y él se acerca como para darme un beso. Me llena la boca con el humo de su peta y se larga a currelar, sonriente como siempre, aunque hoy le veo como un marino que ha sabido dejar el mar. ¡Cómo es! Estoy sola. Y no sé siquiera qué es lo que estoy esperando. Tengo una tarde por delante. No sé qué hacer con ella.

Llaman al timbre.

Abro la puerta principal y me encuentro frente a Ángel.

- -iBuenas tardes!
- -iHola, Ángel!
- -Vengo a fumigar la huerta.

Tengo un pensamiento tonto: La maría se llama como yo. Lo mismo que la bruja de Ulloa.

- −¿Vienes solo?
- —Con una persona es suficiente.

Tiene toda la razón. Sonrío.

- —iSí, claro!... Incluso con media persona es suficiente.
- -¿Podrías desmontar la escopeta?
- —iAh, la trampa!... Ya la hemos quitado.
- —Bien, pues tienes que cerrar bien todas las ventanas, sobre todo las de la parte de atrás.

Ángel se da la vuelta y se dirige a su todoterreno, aparcado a unos diez metros frente a la puerta. Es la primera vez que hemos hablado como personas normales que se preguntan y se contestan, la primera vez que cada uno tiene una función definida. Él es un profesional y yo la chica de la casa donde esta tarde va a trabajar. Hasta ahora todo ha sido perfectamente na-

tural y eso me divierte. Voy a darle más conversación, no sé hasta dónde podemos llegar.

- —¿Qué me pasaría si respiro ese polvo blanco?
- —Te morirías en cinco minutos.

Abre la puerta trasera del coche y saca un traje de fumigador. Me gusta que se vista delante de mí. Me acerco a él, soy yo quien está dando el paso.

—Pues yo prefiero morirme en menos tiempo. En muchísimo menos. ¿Y tú?

Me detengo a dos metros de Ángel, que responde sin mirarme:

- -Cuanto más rápido, mejor.
- -En eso nos parecemos.

Ángel levanta la cabeza y me mira en silencio. No me entiende.

—Yo también tengo un problema.

Ángel baja la vista y continúa vistiéndose. Doy un segundo paso, caminando de un lado a otro, frente a él.

- —Vine aquí en agosto, a casa de mi hermano... y me voy a quedar hasta la primavera para recuperarme.
 - −¿Qué te pasa?
- —Nada pero... me excito en seguida. Tengo mucho sexo ¿sabes?... –Es la primera vez en mi vida que cuento mi problema de una forma tan directa.

Ángel me responde interesado:

- -Pero eso no es malo.
- —¡Bah, yo estoy harta! Nunca me he enamorado. ¿Y tú?
- −Sí. Yo sí.
- –¿Y cuál es tu problema?

Aparece otra vez su seriedad, una montaña es un montaña:

—¡Yo!... ¿Problema?...

Le sonrío afirmando con la cabeza.

- —No estoy bien aquí, estoy mal conectado. Lo mío es desdoblamiento de personalidad. Por lo visto la culpa la tiene mi imaginación, que está muy excitada.
 - -iComo mi sexo!
 - -Eso es.
 - -Tú y yo tenemos que enamorarnos.

Ángel me clava los ojos, sorprendido. Yo tardo un poco en contestar, dándome tiempo para descifrar su reacción. No estoy segura de lo que ha entendido, de lo que siente.

—A ti y a mi nos vendría bien querer a otra persona.

Ángel se queda pensativo, afirmando ligeramente con la cabeza. Habla en voz baja, como si yo no estuviera:

- —Sí, yo estoy terriblemente solo.
- —Yo necesito a un hombre para quererle y olvidarme un poco del sexo. Por lo menos al principio.

Ángel me habla mirándome directamente a la cara, con un brillo bonito en los ojos, de persona normal.

- —Yo también... yo estoy buscando a una mujer para vivir con ella y quererla... hasta la muerte.
- —A mí eso me encantaría, pero soy gilipollas, no tengo remedio. Me estoy enrollando con un animal, y encima está casado.
 - -Patricio.
- —Sí, supongo que lo sabe todo el mundo. También he estado con Manuel ¿sabes?, ese gitano tan guapo que trabaja contigo.
 - −¿Y lo saben entre ellos?
 - -iNooo, se matarían! Bueno, antes me matarían a mí.

Me quedo callada y le digo mentalmente que lo ha hecho para que no lo maten. Pero verdaderamente no creo que nadie mate por mí.

- —¿Conociste a Ulloa... el pastor que murió hace un mes por el rayo?
- —Sí. (¿Por qué me pregunta ahora por Ulloa?) Era amigo de mi hermano.
 - —¿Estuviste también con él?
- —iSí, hombre! ¿Qué te crees... que yo me meto cualquier cosa?...
 - -Bueno... me dijo que tú le habías mandado el rayo.

...?oY5—

La bruja es Ulloa, levantado medio metro del suelo.

-...iQué bonito!

Tengo sitio para intrigar a Ángel. Pero antes quiero que él me resuelva otra cosa.

- −¿Y cómo puede decir eso... si estaba muerto?
- -Es que murió dos veces, y entre medias habló conmigo.

No lo sabía. Y podría no creérmelo, pero este hombre no ha dicho una mentira en su vida. iSé tan poco de su vida!...

—Dijo que la cochinilla ha venido aquí por tu culpa. Que tienes un olor que atrae a los animales.

La idea me hace gracia y me río, tiene el sello de Ulloa.

—Sobre todo a los jabalíes, que son un coñazo.

Tras decir esto recuerdo que mi jabalí ha muerto. ¿Qué significa?...

- —¿Sabes por qué la cochinilla da sabor a tierra al vino?
- -Ni idea.
- -Pues alguien tiene que saberlo.

Es curioso que un hombretón como Ángel se haya tomado en serio a Ulloa. Tiene su ternura. Y me apetece mucho seguir el juego, a fondo, entrar en la bella Mari y ser misteriosa para todos, incluso para mí misma. ¡Precisamente yo! Pues sí. Puede que el amor esté naciendo ahora, quizá el amor nace con un enigma, con el soplo silencioso de un viento que apaga la luz

una centésima de segundo, algo que cabe dentro de un parpadeo.

Me acerco a Ángel, que permanece sentado, quieto, mirando al suelo. Como esperando. Le levanto suavemente la barbilla hasta que sus ojos miran al cielo, y pongo la parte anterior de mi cuello junto a su nariz. Le hablo suave, enigmática.

—Dime a qué huelo, ipor favor!

Ángel, muy serio y obediente, recorre su nariz por mi cuello, hasta el lóbulo de mi oreja y el nacimiento del pelo. Inspira una sola vez intentando descifrar el olor. Observo lo que ya sabía, su nariz es pequeña para esto.

- −No sé...
- –Pero es normal ¿no?

Ángel se pone de pie, se cuelga la mochila y se pone su casco.

- −iNo me irás a fumigar!
- -iQué más te da!

Con un aspecto ligeramente cósmico, Ángel comienza a caminar dándome la espalda. Su voz me llega lejana...

-La muerte es sólo un viaje por el tiempo.

Yo me quedo quieta viendo cómo un astronauta me abandona en un rincón cualquier de la tierra. Le hablo en voz alta, como si me despidiera de él para toda la eternidad. —iiCuándo llegues dile a Ulloa que tiene razón!!...iiYo le tiré el rayo!!

iClaro que sí! Entro en casa y cierro bien todas las ventanas, sobre todo las de la parte de atrás, como él me dijo. Siento que me estoy aislando del espacio exterior. Es un placer absurdo. Hay algo que me dice que esto no va en serio, parece una broma, un juego inventado por un ser incomprensible que ve el mundo a medias, o sencillamente al revés.

Mi tentación más fuerte es la de dejar una pequeña rendija abierta en la ventana de mi dormitorio. Quiero que me pase algo que no sé lo que es, y que no me creo del todo. Es decir, quiero que me pase algo que no me preocupa.

Me quedo de pie en un lugar que yo decido que es el centro geográfico de mi casa, sintiendo una caricia indescriptible, entre hipnótica y violenta, muy parecida a la que me recorre todo el cuerpo cuando me desnudo ante mis ventanas para alguien desconocido que me espía. El que está fuera es malo porque está haciendo algo sin mi consentimiento, se está aprovechando vilmente de mí, pero yo necesito que esté ahí para desnudarme como a mí me gusta, y me vuelve loca pensar que se está ocultando para verme. Está siendo malo por mí. Algo parecido me pasa con la nube blanca que está fabricando Ángel en la parte de atrás de mi casa. Me hace sentirme invadida y acariciada.

No he cedido a la tentación de dejarle rendijas, así que puedo garantizar que todas las ventanas y contraventanas están perfectamente cerradas. ¡Buena chica!

Oigo el ruido del motor de un coche. ¡Es Patricio! Aún no ha podido surtir efecto mi noche con Manuel, porque es imposible que se haya enterado. Ha pasado muy poco tiempo, así que mi recorrido intermedio todavía no ha podido hacer efecto. ¡Ángel se ha precipitado! No tenía que haber venido a verme tan pronto, no estaba previsto. Corro hacia la cocina y escribo rápidamente una nota:

*iVete, por favor, viene Patricio!*MARI

La meto en una botella vacía y salgo con ella de la casa, doblo la esquina, paso junto a la contraventana cerrada de mi dormitorio, contengo la respiración, corro hacia la huerta y la tiro al centro de la nube blanca. Vuelvo a casa a grandes zancadas pensando que quizá la botella haya chocado contra Ángel, y que ahora ya puede estar leyendo el mensaje. Oigo el frenazo del coche de Patricio. Abro la puerta cuando él sale del coche.

—¡Pasa, es peligroso que te quedes fuera, están fumigando mi huerta!

Entra, muy enfadado.

- -Ayer vi a ese loco abrazado a mi mujer, en mi propia casa.
- -iQué dices!
- —Lo que oyes. Volví con mi hija después de recogerla del colegio, y al entrar en la cocina le vi abrazado a Ángela, así...

Se pone detrás de mi, me abraza el pecho con los dos brazos y junta su mejilla a la mía.

- −¿Y qué hiciste?
- —Le levanté por los aires y le tiré fuera de casa —Me levanta por los aires y me deja caer de pie—. Si no es por mi hija y mi mujer, le mato ahí mismo.
 - −¿Y tu mujer?
 - –¿Qué pasa con mi mujer?
 - −¿Qué le dijiste?
- —Le conté que ese lunático me pegó un tiro en el maizal, y que la próxima vez que la vea con él la desfiguro.
 - —¿Cuánto tiempo llevan juntos?

Patricio se pone a gritar.

- —¿Cómo que cuánto tiempo?... ¡Yo qué sé, nunca! ¿Tú sabes algo?
 - -Yo no tengo ni idea. No sabía ni que se conocieran.
 - -iiDime la verdad!!
- Bueno, sólo cuando cenasteis su cordero, que os sentó tan mal.
 - —A ése le mato ahora mismo.

-iiNo!!

Patricio me habla ahora más tranquilo.

-¿Por qué me gritas así, fiera?... Nunca lo habías hecho.¿Es que te importa algo ese degenerado?

Yo le miro sin contestar, retándole a que lo averigüe. Patricio me da un manotazo en el pecho, empujándome hacia atrás, y sale de la casa cerrándome la puerta. Mientas la abro oigo la voz de Ángel con un tono de amenaza.

-iCuidado, bestia!

Salgo fuera y le veo apuntando a Patricio con el tubo de fumigación. Éste suelta una carcajada y Ángel acerca más el extremo del tubo a su cara, a la altura de la nariz.

—Le he añadido un veneno para jabalíes.

Yo grito a Patricio con toda la rabia que me sale:

-iNo se te ocurra tocarle!

Patricio me contesta sin mirarme, tranquilo y seguro de sí mismo:

- -iMétete en la casa!
- −iNo me mandes!... iNo tienes ningún derecho sobre mí!
- —iCállate, puta!

Mientras tanto Ángel ha ido obligando a Patricio a caminar de espaldas, en dirección al todoterreno.

Yo les sigo, hecha una fiera:

-iTú no vuelves a tocarme en tu puta vida, animal!

Patricio, que sigue andando hacia atrás con el extremo del tubo de fumigación de Ángel en los morros, me sonríe con suficiencia:

- —Eso ya me lo has dicho otras veces. ¿No ves que eres una puta?
- —iSí, una puta cría!... iPero tú me das asco, mamón! Por mí ya te puedes morir porque a partir de ahora... yo me voy a ir con quien me dé la gana.

Patricio me mira un instante en actitud de amenaza. Ángel aprovecha para meter el tubo por una rendija de la ventanilla del Alpine, y dispara llenando la cabina de polvo blanco. Patricio entra corriendo en la casa. Ángel, tras un instante de turbación, se quita el casco y se mete con rapidez en su todoterreno. Entro en la casa y descubro a Patricio descolgando la escopeta de cañones superpuestos de la pared del salón. Salgo y grito a Ángel:

-iiiVete, que te va a matar!!!

Ángel maniobra haciendo derrapar las ruedas en la tierra. Patricio sale de la casa con la escopeta y apunta hacia el todoterreno. Veo que Ángel baja la cabeza mientras se aleja y Patricio dispara haciendo saltar en añicos el cristal trasero. El todoterreno se aleja definitivamente por el camino al tiempo que yo entro en la casa y cierro la puerta dejando fuera a Patricio.

Paso el cerrojo y regreso a mi centro geográfico, donde vuelvo a sentir que, con todas las ventanas y contraventanas perfectamente cerradas, estoy aislada del espacio exterior. Pero ahora hay algo que me dice que esto va en serio. Se acabaron las fantasías, los juegos, las caricias. Se acabó para siempre Patricio.

14 de noviembre

Acabo de leer el párrafo que escribí ayer. Es la primera vez que leo algo de mi diario y estoy espantada. Ahora, después de lo que me he enterado, me estremece la última frase. Hay algo rondando a mi alrededor que tiene razón y se sale con la suya. Algo que aún no he visto pero que puede ser percibido por el hocico de una inteligencia finísima, o por un sencillo pastor sin tiempo que murió dos veces. O quizá también por un loco degenerado como Ángel. Por eso me esquiva sólo a mí. Hay un peligro caprichoso que da vueltas en torno a mi cama, sin dejar huellas, mientras yo vivo con los ojos cerrados.

Ayer por la tarde, que me quedé encerrada en mi casa con Patricio fuera, no escuché ni patadas contra la puerta ni manotazos contra las ventanas. No hubo ningún grito. Sólo el sonido cada vez más intenso de una tormenta y el motor de un coche alejándose por última vez de mi casa. Comprendí que Patricio se

había quedado sin rival. O mejor dicho, que Patricio tenía que enfrentarse a su rival luchando por otra causa, que no era yo, defendiendo otro sitio que no era donde yo vivía. Me sentí sola durante toda la noche escuchando la lluvia contra el tejado. El sonido distante de los truenos me recordaba que la tormenta se estaba produciendo muy lejos de mi casa, sin que a nadie le hiciera falta mi presencia.

Estoy acostumbrada a que se peleen por mí, y no al revés. Dos rivales que creía que se me disputaban, me abandonan de la noche a la mañana. No sólo me quedo sola, sin ser el centro de nada, sino que, sin haberme dado cuenta, me ha crecido mi propio rival. Me he equivocado en todo. Ángel no ha luchado verdaderamente por mí. Está enamorado de Ángela, la mujer de Patricio.

En el fondo lo sospechaba desde aquella noche en el bar, en la que vi a Ángel llamando por teléfono al número de Patricio. Ésa es la frase espantosa del final del escrito de ayer. Mi hermano me ha dicho que esta madrugada lo han encontrado en lo alto de un barbecho, fundido a su tractor. Lo ha matado un rayo, como al pastor Ulloa. Han tenido que despegar su cadáver con una motosierra. Yo no he querido salir de casa.

Ahora quedamos dos mujeres a cada lado y un hombre en el centro, que es el único del que me he enamorado en mi vida. Mi lucha por Ángel puede justificar toda mi estancia en el campo. Voy a pensar positivamente. Ángel se arriesgó una noche por mí y me espió, me vio desnuda, vio cómo me follaba el marido de Ángela. La otra tarde me confesó a solas que tiene desdoblamiento de personalidad, y luego me olió el cuello. Está claro que Ángel ha percibido ese algo que me ronda. Creo que le atrae y le asusta. Tengo posibilidades.

15 de noviembre

Hoy es el entierro de Patricio.

Todos están en el cementerio, que parece una caja de cerillas destapada bajo un cielo crispado, en medio de un campo de tierra roja y viñas. Sólo faltamos los que no sabemos vivir aquí, los que no merecemos estar en un entierro, los mismos que no queremos ir a despedir a Patricio, iqué casualidad! Somos los gitanos, Ángel y yo. Arranco la moto en lo alto de una colina desde la que diviso todo el horizonte de esta comarca que produce un vino con sabor a tierra. No he visto por ningún sitio a los gitanos, pero sí a Ángel, solitario, sentado sobre lo alto de otra colina, justo en frente, mirando con unos largos prismáticos (¿...?) hacia el interior de la caja de cerillas.

Llego hasta él y aparco la moto dejando una humareda a unos veinte metros a sus espaldas. No vuelve la cabeza aunque es evidente que ha tenido que oír el ruido de mi moto. Apago el motor, me bajo y camino despacio hacia él. Me quedo quieta y me arrodillo hasta esconder mi cabeza justo detrás de la suya. Ángel baja lentamente los prismáticos, aún sin volverse pero sintiendo mi respiración en su nuca. Está esperando que yo haga lo que quiera hacer.

Asomo mi cabeza por un lado, pasando mi boca muy cerca de su oreja, hasta llegar a su cara, que lleno de besos suaves como caricias. Le explico en vez muy baja lo que me pasa, sin dejar de besarle:

—Me voy a ir en seguida porque si no... no voy a poder parar.

Ángel se gira un poco hacia mí para facilitarme la labor, pero sin hacer otra cosa que recibir con placer mis cientos de besos. Sólo hablo yo.

—Contigo quiero ser romántica. ¡Uhmm... cómo me cuesta irme... me encanta!

Cuando ya no puedo más le cruzo la cara con un lengüetazo cargado de deseo y me pongo en pie detrás de él.

—Soy una puta cría. Perdóname.

Subo a la moto y veo que Ángel vuelve a mirar por los prismáticos hacia el cementerio, como si yo fuera una ráfaga de viento cualquiera que sólo le ha rozado la cara. Pero ya no me engaña. Arranco y le abandono convencida de que le ha gustado encontrarse conmigo.

17 de noviembre

Ayer no vi a Ángel ni de lejos; le estuve buscando en moto por toda la comarca. Me detuve en el viñedo del terraplén, ese lugar fronterizo, al final de todo, y temblé de miedo. ¿Y si ha terminado su trabajo y se ha ido?... El viñedo estaba fumigado, los corderos también, blanqueados de polvo tóxico, ya no hay gusano que se los coma. Ahora pueden echar raíces y durar aquí toda la vida.

Hoy estoy más tranquila. Mi hermano ha visto a Ángel está misma mañana. Así que he decidido echar horas en el bar: Ángel le ha dicho que una noche de éstas se pasará por allí. En fin, qué nervios.

Alberto quiere comprar el Alpine de Patricio, que Ángela ha puesto en venta.

—Te sienta mejor tu vieja moto.

Se ríe, reconociéndolo. Pero empiezo a sospechar que a partir de ahora todo puede ser distinto, hasta mi hermano.

- —¿Cuántas posibilidades tienes?
- —No lo sé. Hay otro interesado en el coche, aunque yo llegué antes.

- -Ya sé quién es.
- -Claro que lo sabes.

Alberto se está portando de puta madre. Va a formar equipo conmigo. Podemos ayudarnos. Y además... en fin, me sorprende saber que le gusta Ángela.

-Hacéis buena pareja.

Afirma con la cabeza y se encoge de hombros, resignado.

-Nunca viene por el bar.

Entro en el bar buscando a Ángel. No está. Veo al gitano Manuel jugando al billar americano. Me acerco y echamos una partida, hay un *feeling* dulce entre nosotros. Pienso que si no entra Ángel en el bar, esta noche la pasaré con Manuel. Quizá termine viviendo en el camino intermedio, a mitad de trayecto entre Patricio y Ángel. Ése puede ser mi destino. ¿Quién conoce el suyo?...

Le pregunto si Ángel les ha pagado la jornada que les debe.

- —No, y no hemos vuelto a trabajar para él. Ha tenido que terminar solo.
 - −¿Ya ha acabado?

Me responde con indiferencia:

- -Supongo.
- –¿Dónde vive?
- -En Vitoria, en casa de su tío.

Ahora temo que no vuelva a verle más. Fallo una bola por muy poco y miro hacia la puerta. No entra nadie. Llevo la vista a la barra y descubro a Ángel bebiendo una jarra de cerveza y hablando con Alberto. ¿Cuándo ha venido?... Supongo que si ahora está aquí es porque tiene otros motivos para quedarse. Ángel brinda con mi hermano. Parece que se está despidiendo. ¿Y si ahora da el último trago y se va para siempre?... Es posible que no vuelva a verle en mi vida. No lo soportaría.

Alberto le habla confidencialmente. ¡Mierda! Ángel está apurando su cerveza. Cuando creo que va a mirar hacia aquí, retiro la vista y juego, es mi turno. Meto una bola difícil. Manuel parece incómodo. En su mirada entiendo que Ángel está detrás de mí, muy cerca. ¡Esto va bien!

Fallo una bola para que juegue mi gitano. Cuando se inclina sobre la mesa me vuelvo un poco hacia atrás y meto una frase, suave, en la oreja de Ángel.

-En cuando éste se distraiga... me escapo.

Veo llegar a Ángela desde el fondo del bar. Ángel, que también la ha descubierto sentándose en un taburete junto a una esquina de la barra, se esconde tras una columna. Alberto, antes de atenderla, me mira y yo le guiño un ojo. Luego sonríe y se acerca a la viuda, que ha venido muy arreglada, un pelín cursi de pueblo, pero guapísima. Nunca la había visto así. ¿Qué hace aquí?... ¿A quién se quiere ligar?... ¿Alberto o Ángel?... ¿Ésa es

la pregunta?... ¿Por qué Ángel se ha escondido al ver llegar a Ángela?

Esta noche se decide todo. Manuel mete tres bolas de un golpe fuerte y compacto. ¿Por qué no ha entrado la cuarta?... Yo no quiero ser la cuarta. Ángel se oculta en una zona oscura para mirar a Ángela. Se ha alejado de mí para mirar a otra de la que se esconde. No se me puede escapar.

Me acerco a Ángel por detrás. Se lleva un susto al sentir mi mano sobre su hombro. Le doy la vuelta para que me vea hablarle, con el tono más seductor que tengo.

—Te espero en mi casa, con la puerta abierta. No tienes más que empujarla, así... —Y le empujo suavemente con la mano abierta sobre el pecho.

Manuel me ha visto pero no me importa. Me vuelvo hacia la mesa, nerviosa, y tiro bien metiendo una bola. Cada movimiento, cada gesto, significa algo, como las tripas de la mesa tragándose mi bola, todo suena redondo, para mí.

Alberto está hablando con Ángela cuando ve llegar a Ángel, que se pone frente a ella. Mi hermano se retira, quedándose al margen. Siento una presión punzante en el pecho. Manuel me mira, percibiendo mi angustia. Nada significa nada, me digo por dentro. No me puedo caer.

Las últimas bolas de la partida se eternizan. No hacemos más que fallar. Parece que estamos dejando pasar el tiempo mientras Ángel y Ángela parlotean agradablemente junto a la barra. Manuel se ha dado cuenta de todo y me apoya, siento su compañía. Ésta es su forma de ayudarme. Manuel es el hombre más guapo del mundo.

Ya no puedo más y, antes de acabar la partida, sonrío a Manuel con agradecimiento y me la juego definitivamente. Paso muy cerca de Ángel y con mis cinco dedos le acaricio la palma de su mano. Noto sus ojos sobre mi nuca mientras sigo andando en medio de la gente. Al llegar a la puerta me vuelvo y le veo concentrado en su conversación con Ángela. Pienso esperar a que me mire. Primero lo hace Ángela, un segundo justo, y al rato Ángel. Esto no significa nada bueno. Quizá me estén poniendo a parir. Luego miro a mi hermano, que me dice con un gesto que no pudo ser. Ni él ni yo.

Me subo a la moto y me voy despacio bajo la luz azulada y humillante de la luna llena. ¡Ha pasado otro mes, es increíble! ¿Qué queda por empezar cuando todo termina?... ¡Qué coño de luna es ésta! Echo de menos al pastor Ulloa.

Apago los faros y decido que es la última vez que recorro esta carretera. Ahora mismo voy a hacer mi equipaje y mañana temprano me vuelvo a mi puta vida de ciudad. No he podido ser la reina del campo pero me llevo algo para toda la vida. Aquí me he enamorado por primera vez y he comenzado a escribir un diario, una pequeña historia que termina mal.

Llego a casa y aparco la moto junto a la de Alberto. ¡Qué raro! ¿Qué hace aquí su moto? ¿Cómo ha ido al pueblo esta tarde?... No puedo creerme que Ángela le haya vendido el Alpine de Patricio. No me encaja con lo que acabo de ver en el bar. Entro en casa y no cierro del todo la puerta, como le prometí a Ángel. La moto de mi hermano me ha dejado confusa, sin planes pero con una duda microscópica que, aunque no la vea, es mi única esperanza de que venga. Es todo lo que me queda en esta vida.

Permanezco quieta en el centro geográfico de mi casa, que está en un rincón de pasillo. No he encendido ninguna luz y el equipaje lo haré mañana por la mañana. Comienzo a quitarme la ropa, muy despacio, como si me desnudara él. No me creo esta fantasía, pero estoy excitadísima. Me quedo desnuda, de pie, a oscuras. Cierro los ojos y oigo el motor de un coche acercándose lentamente. Me muerdo los labios para que dejen de temblar, ahora sólo siento mi corazón acelerándose a empujones. Algo ha cambiado ya dentro de mí y no hay vuelta atrás.

Una frenada suave frente a la casa, unos pasos, y el sonido parsimonioso de la puerta que se abre. Una sombra camina por el pasillo, pasa ante mí, y le sigo muy cerca por detrás. Saco mis brazos, uno repta por su hombro hasta su pecho, mientras el otro le toca desde la cadera hasta el estómago. Ángel siente un escalofrío que recibo con toda su intensidad. Se detiene sin vol-

verse. Levanto una pierna y luego la otra hasta anudarlas a su cintura. Así, subida en su espalda, acerco mi mejilla a la suya y le hablo al oído:

-iLlévame a mi cuarto!

Estiro un brazo hacia delante indicando la puerta abierta de mi dormitorio, del que sale esa maravillosa luz azulada, esta luna es nuestra. Ángel lleva las manos hacia atrás para tocarme y yo se lo impido sin dureza.

—¡Quieto, no me toques aún! ¡Haz lo que yo te diga, por favor!

Ángel obedece y entra en mi dormitorio llevándome a sus espaldas. Al llegar a la cama doy un salto, le cojo de las manos para evitar que me toque y le tumbo boca arriba. Luego salto sobre él poniéndome de rodillas sobre su cintura, a horcajadas y sin rozarle. Ya le tengo, todo entero para mí. Mando yo.

—Me vas a ayudar, ¿vale?

Los ojos de Ángel, llenos de deseo, recorren ahora todo mi cuerpo.

—Yo te desnudo casi sin tocarte... así.

Comienzo a quitarle la chupa.

-... y sólo te miro a la cara, ¿ves?

Ángel también me mira a la cara dejando que le quite la ropa. Cuando ya está desnudo intenta cogerme la cabeza y yo le agarro sus manos, grandes, sobre todo anchas.

- —¡No!... Espera, obedéceme. Ahora sólo nos besamos... Me besa suavemente la mejilla, colaborando en mi juego.
- —Así, sin lengua... y sólo por la cara... eso... como si me quisieras...

¿En qué parte del sexo está pegado el amor?... Lo digo por él, yo empiezo a verme en sus besos...

—Si quieres ahora con lengua, pero sólo por la cara...

Esquivo su lengua, alejando y acercando mis labios, hasta que le abraso la cara con un lametazo, de abajo arriba. Me separo un poco tumbándome de costado, frente a él. ¿Hasta cuándo podré mandar?

-iBésame el cuello!

Obedece, cinco segundos, pero no lo resiste más y me aprieta contra él. Yo le separo...

—No, no te frotes aún, aguanta, por favor...

Nos oímos respirar, gemir... vamos juntos a algún sitio. ¿Cuál es el lado del amor que sólo crece, y sube, con el sexo?... ¡Qué importantes son los gemidos!

Comienzo a tener sacudidas espasmódicas, como si estuviera dentro de mí. Durante un instante recuerdo que ya le tuve una vez así, apretado entre mis piernas mientras Patricio se hacía una paja a mi lado, manoseándome todo el cuerpo. Ángel no me toca, yo no le dejo y él no lo intenta. Esto es más de lo que había soñado nunca.

—iiAh!!... iiNo te corras, no te corras aún!!...

Cuando estoy a punto de tener el mejor orgasmo de mi vida, me separo y le sujeto... Le hablo aún entre jadeos:

—iiEspera, espera!!... Eso es... así... quieto.

Poco a poco voy recuperando la respiración. No sé si Ángel ha llegado al orgasmo.

- —¿Te has corrido?
- -No -responde sonriendo.

Me siento la mujer más feliz del mundo.

- —¡Qué maravilla... yo tampoco! Vamos a esperar así a que se nos baje... Y poco a poco nos dormimos.
 - −Lo que tú quieras.

Es todo lo que quería oír, su voz, diciéndome eso. Se me saltan las lágrimas y le hablo suave, llorosa:

—¡Qué bien!... Estoy de contenta, de verdad, es la primera vez que no llego.

Cojo con fuerza la mano de Ángel.

—iGracias, mi vida, muchísimas gracias!...

Cierro los ojos y continúo hablando como si lo hiciera desde el mejor sueño de mi vida.

—Sabía que podía contar contigo. Eres el hombre más bueno que conozco.

Me duermo.

—Un auténtico ángel.

18 de noviembre

Siento que una mano me quita suavemente los cabellos que me tapan la cara y luego me acaricia. Abro los ojos un instante y vea a Ángel ante mí, mirándome con ternura. Ya ha amanecido. Le hablo con la voz adormilada:

-iAy, Ángel, estás aquí! iQué bien... no lo he soñado!

Y cierro los ojos. Los dedos de Ángel vuelven a acariciarme la cara. Me encanta, no puedo sentirme mejor. Oigo su voz.

-Me voy a ir, Mari. Esta misma mañana.

Abro los ojos y le miro fijamente, pensando que, una vez más, mis sueños no están hechos para durar mucho. Ángel me habla sonriente.

—¿Te quieres venir conmigo?

Por supuesto, adonde él quiera.

—Sí, vámonos lejos de aquí.

Ángel afirma con la cabeza esbozando una sonrisa.

-Buff... lejísimos.

Se levanta de la cama y mira por la ventana. Fuera luce un sol resplandeciente. Contemplo su cuerpo desnudo de espaldas a mí. Aprieto las piernas instintivamente y siento un hormigueo irrefrenable en la garganta. Me viene el recuerdo de la noche anterior. Pienso que no voy a poder evitar levantarme de la cama,

acercarme a él por detrás y comérmelo. Quiero follarle como una loca, Oigo lo que murmura:

—Vamos a tener un largo día de viaje, muy amarillo. Hoy va a oler bien.

Me levanto de la cama sigilosa, desnuda, y de repente se instala una sombra sobre mi conciencia. Comprendo en una fracción de segundo que debo seguir conteniéndome para no estropear la experiencia de anoche. Quiero vivir con Ángel un largo día de viaje. Le he demostrado que estoy profundamente enamorada, y él dice que hoy va a oler bien. No lo voy a defraudar. Si se volviera en este instante hacia mí y me viera tal y como estoy, de pie, contemplándolo sofocada, querría hacerlo ahora mismo. Yo también querría, ahora mismo y después de desayunar. Tardaríamos una mañana, o varias, en salir de casa, mañanas apasionadas. Si le dejo con las ganas me llevará de viaje, quiero decir que no se arrepentirá. Nos iremos enseguida, llenos de prisa, y tendremos un orgasmo juntos cuando estemos lejos de aquí. Aún tengo miedo a perderle.

Me pongo una bata y salgo de la habitación sin hacer ruido. Abro despacio la puerta del dormitorio de mi hermano. Ángela se despierta y me ve. La saludo con la mano como una tonta, sonriendo. Le hago gracia. Alberto duerme a su lado.

Me voy a la cocina a preparar un estupendo desayuno para dos hombres y dos mujeres. Cuatro personas definitivamente agrupadas en las dos parejas más exactas y emocionantes que he visto sobre la tierra. Oigo abrirse la puerta del dormitorio de mi hermano y unos pasos descalzos, ligeros, recorren el pasillo y entran en el cuarto de baño. En seguida me llega el ruido de la ducha. Pienso que debe de ser Ángela. Es guapísima. Me la imagino desnuda bajo el agua, debe de tener un cuerpo muy bonito, con la piel muy suave. Me gusta el pelo rubio mojado.

Cuando estemos lejos de aquí me ducharé todas las mañanas con Ángel, y tendremos todos los orgasmos que queramos. Sí, gritaremos bajo el agua. ¡Qué maravilla!

Oigo la puerta del dormitorio. Ése es Ángel. Siento que sus pasos se detienen, quizá esté mirando la ropa que dejé anoche en un rincón del pasillo. Eso le gustará. Oigo que abre la puerta del cuarto de baño y entra. ¡¡Cómo que entra!!...

Me asomo al pasillo. Ángel no sale del baño. ¿Qué está ocurriendo aquí? Mi hermano sale de su cuarto y me mira somnoliento. Soy incapaz de decirle lo que no entiendo. Se acerca, me levanta la mano pensando aún que los dos hermanos hemos ganado y, con una apacible sonrisa, entra en el baño. Le oigo hablar con un fondo de sonido de ducha.

-iÁngela, hazme un sitio!

Avanzo por el pasillo hasta la puerta del baño y escucho perfectamente la voz de Ángela, apurada, nerviosa.

−iNo, Alberto, por favor!... iVete!

Al cabo de unos diez segundos veo salir cabizbajo a mi hermano. Se detiene ante mí y me mira preocupado. Cierra la puerta del baño, me coge del brazo y me lleva a la cocina, donde yo ya he puesto cuatro tazas, platos, cubiertos, cuatro historias sobre la mesa. Me ayuda a terminar de preparar el desayuno. No nos decimos nada. Nos movemos despacio, derrotados, decepcionados, mientras nos llegan gemidos de placer por el pasillo, escalofriantes, con un fondo de agua de ducha. Ahora, por la mañana, antes desayunar, oigo cómo Ángel llega al orgasmo.

El café se ha quedado frío. A mí no me importa, es más, lo prefiero. Siento que Ángel entra en la cocina. No soy capaz de volverme. Oigo que Alberto le saluda, amable, él tiene personalidad para estarle mirando. Eso compensa. Hacemos buena pareja.

- —¿Queréis desayunar?
- −Sí. Yo sí.

Oigo que llega Ángela. Ángel le habla con amabilidad de mi hermano.

—¿Quieres desayunar?

Ella contesta con la voz confundida, como estoy yo.

−¿Y tú?

Mi hermano equilibra el mundo con su falta de rencor.

—Bueno, no os arméis líos. Lo primero que hay que hacer por las mañanas es desayunar. Luego ya veremos. Yo soy la primera en sentarme y todos me siguen. No es fácil desayunar en una pequeña mesa cuadrada rodeada de tres personas a las que no quiero mirar. Veo la mano de Ángel que coge la cafetera y sirve café, primero en la taza de Ángela, a mi izquierda, luego en la mía, frente a él, en la de Alberto, a mi derecha... ¿Qué importancia tiene esto?...

—¡Es importante el café! —dice Ángel, animado.

Se sirve en su taza y sigue hablando. ¿por qué habla?

—Sobre todo para mi cabeza, que siempre es la más liada.

Se calla por fin. Permanecemos en silencio, inmóviles. Mi vista continúa caída, a ras de mesa, soy incapaz de mover un dedo. De fondo sólo el entusiasmo de Ángel.

—¿Sabíais que nuestro cerebro contiene un universo de diez mil millones de neuronas y mil billones de circuitos?...

¿Qué está diciendo? No contestamos a esta pregunta. Sigue...

—Sólo ocupa mil quinientos centímetros cúbicos, y ya esconde un océano negro, desconocido.

Veo la cara de Ángel reflejada en su café. Levanta la taza y le pierdo de vista.

—iSiempre falta luz!

La taza vuelve a su sitio, sin el reflejo de Ángel, vacía.

—Pero es un generador de desorden... Sus leyes obedecen al azar y comete muchos errores. Es una máquina que hace ruido, aunque... el ruido mental no se oye, ¿no?... Como el polvo cósmico, que yo nunca lo he visto. ¿Y vosotros?...

Ángela se pone de pie sin haber probado el café.

-Me voy a casa. ¿Alguien me quiere llevar?

Levanto la vista y hablo mirándola fijamente.

-Yo no, rubia.

Los cuatro cruzamos ahora nuestras miradas esperando la primera reacción, que sólo puede salir de Ángel o de mi hermano. Los chicos de este desayuno tienen que decidir por Ángela. Ella lo ha propuesto así. Está en juego mi destino, el de los cuatro, pero el mío es el más frágil. Yo ya estoy sometida por este amor enloquecido que siento por Ángel. Y ahora es todo cuestión de segundos, de diez mil millones de partículas de tiempo que perdemos o ganamos para siempre. Uno de los dos va a decidir mi vida por mí. Restar o sumar, quitar o poner vidas, esta misma mañana.

Me fijo en que mi hermano y yo estamos sin arreglar, en bata. Ángel y Ángela ya están listos para irse adonde quieran, vestidos y hasta con el pelo mojado. Ésa es su ventaja.

Pero aquí hay algo raro, ninguno de los dos ha respondido inmediatamente. Alberto parece estar esperando a Ángel, iqué pesado!, siempre le toca ser el caballero. Y Ángel está como perdido, sólo ha conseguido ponerse en pie moviéndonos la mesa y se ha quedado clavado contemplando el vaivén de su

café. ¿Qué pasa? Repentinamente levanta la vista y me mira un instante. Yo no puedo se más expresiva, pero vuelve a mirar hacia su café. Alberto se inclina hacia la taza, sin entender nada, y decide que ya ha esperado lo suficiente. Se pone en pie pero Ángel se gira velozmente hacia Ángela, decidido.

- −Sí.
- —iTe llevo yo! —dice Alberto medio segundo después.

Ángela sonríe a mi hombre.

-Me lleva Ángel.

Al final ha decidido ella. Todo un lujo. Primero pregunta para estar segura de que tiene a los dos, de que su vida está bien dotada de posibilidades, y luego elige el camino más bonito. Me muero de envidia.

Alberto me mira y sonríe resignado. Ángela sale de la cocina. Le sigue Ángel. Mi cabeza se resiste a morir, a perder, y comienza a girar a mucha velocidad. ¿Volverá Ángel a buscarme después de llevar a Ángela a su casa?... Si lo hace nos iremos de viaje y mi hermano podrá visitar a la rubia siempre que quiera, incluso vivir con ella y tener su propia familia. Si Ángel no vuelve quiere decir que se queda con Ángela y yo tengo que irme de aquí. En cualquier caso tendré que hacer mi equipaje y despedirme de Alberto.

Oigo las botas de Ángel por el pasillo, acercándose. En realidad no han pasado más que unos pocos segundos, no le ha podido dar tiempo ni de llegar a su coche. Viene a decirme que vaya haciendo la maleta, que en quince minutos vuelve a buscarme. ¡No! Ya no creo en nada que acabe bien. Ángel entra en la cocina y le miro ilusionada, puede que sí, que venga para que nos vayamos, lo más lejos posible. Se acerca mucho y me habla con mi propia tristeza.

—Lo siento, Mari, no sirvo para irme con nadie. Soy muy complicado.

Me da un beso en los labios y se va para siempre. Yo no tengo fuerzas para moverme, ni para terminar el café, y mucho menos para hacer el equipaje. Ya no existo. Me ha tragado el mundo. Mi hermano se da cuenta y me abraza mientras oímos alejarse el todoterreno de Ángel.

Salimos con mi maleta de casa. Yo veo el Alpine aparcado frente a la puerta. Me asusta, para mí siempre será el coche de Patricio. Un recinto pequeño y nervioso, el fantasma de su furia. Nunca había viajado en él. Alberto lo conduce despacio, tratándolo bien. Tengo un tren a las dos y cuarto. Comeré algo en la estación de Vitoria, hay tiempo. Será la última comida con mi hermano y lloraré en la despedida. Se me saltan las lágrimas al imaginarlo.

En la carretera nos cruzamos con el todoterreno de Ángel, que circula velozmente en sentido contrario. Pregunto a Alberto si ha visto lo mismo que yo. Me dice que era el coche de Ángel, nada más.

¿Se habrá arrepentido y vuelve a casa a por mí?... No puede ser, habría parado a reconocer nuestro coche. ¿Por qué sigo teniendo esperanzas? Me agarro a la nada. Empiezo a sentir que pertenezco al grupo de los marcados, de los que han de acostumbrarse a vivir con una herida profunda. Quizá en ese grupo esté Ángel, y puede que entonces sea más fácil encontrarme algún día con él... Le daré un abrazo y le diré que todo lo que me había pasado hasta enamorarme de él, ha sido una tontería. Es cierto, he sido una gilipollas mal acostumbrada, una putilla, salida y caprichosa. Egoísta, juguetona, calientapollas. He jodido a muchos tíos, les he puteado, a ellos y a sus chicas. Ahora merezco sufrir.

Alberto para el coche a un lado de la carretera. Si me dice que me baje y me quede en la cuneta toda mi puta vida lo entenderé perfectamente. Quizá su plan conmigo acabe aquí: ésta es su última lección. ¡Bienvenida al mundo de los humildes, fuera!

- —¿Adónde podía ir Ángel?... Iba muy rápido —me dice algo intrigado. Parece dispuesto a dar media vuelta y seguirle.
- —Puede que vaya al pueblo a pagar a los gitanos, les debe una jornada.
 - -Puede ser.

Alberto arranca. ¡No puede ser!... Me vuelve el recuerdo del

coche de Ángel paseando a toda hostia en sentido contrario, y veo que lo conducía una cabeza pequeña. Se lo cuento a mi hermano y me contesta que no se ha fijado en quién conducía.

- -Pero sería Ángel -concluye.
- —No. Creo que era un gitano amigo de Charly. Un niño.

Mi hermano me mira sin hacerme caso. No me puede creer, es lógico. Luce un sol en medio de un cielo raso, muy azul.

—Hace un buen día para viajar. Muy amarillo —le digo pensando que queda bien para acabar algo.

Mira al cielo. Está de acuerdo conmigo. Es mi hermano.

Sobre una colina lejana, en el horizonte, veo la silueta del tractor de Patricio. Ya no parece rojo porque está chamuscado, pero sí un insecto tomando el sol. No había vuelto a verlo desde el rayo. Junto al tractor hay seis o siete niños agrupados en un círculo, mirando al suelo. Son gitanos. ¿Por qué veo niños gitanos por todas partes?...

Ahora nos acercamos a la enorme valla metálica del fumigador. Está abandonada, sucia, con un disparo de escopeta en el pecho y la frente abollada. Es un cadáver. Me siento responsable de todo lo malo, y ahora sé que me puede pasar en cualquier parte. ¡Qué horror! No quiero recordar, voy a olvidar mi vida en el campo.

Pasamos delante de la casa de Ángela. Compruebo que no está el todoterreno de Ángel. Hay un señor mayor sentado bajo

el porche, donde hace un mes descubrí un cordero colgado, tieso.

- -Hay un viejo.
- −Es el suegro.
- —¿El suegro de quién?

Me sonrie con lástima.

—Ahora no lo sé, pero lo era de Patricio. Es el padre de Ángela: desde que murió su mujer sólo vive esperando el momento de reunirse con ella.

Se me saltan las lágrimas, este tipo de historias me resultan ahora cercanas. Ese hombre ha vivido toda su vida enamorado de su mujer, así que se ha ganado el derecho a no querer estar en este mundo. Yo estoy igual que él, sólo que me he saltado cincuenta años. No he vivido de verdad así que no tengo derecho a nada, ni siquiera a quejarme a pesar de que soy mucho más desgraciada. ¿Qué me espera detrás de la muerte?... ¿Por qué hablo de la muerte?...

- –¿Y dónde está Ángel? −me niego a estar perdida.
- -Olvídale, por favor.
- -Aquí hay algo que está mal.
- −¿El qué?
- —¡Da la vuelta, por favor!
- -No, Mari.
- -Tenemos tiempo.

- -¿Para qué?
- -Creo que ha pasado algo con Ángel.

Bien, vamos en dirección contraria. Volvemos a pasar junto a la casa de Ángela. Ella se asoma a la ventana al oír el motor de nuestro coche, que es el Alpine de su marido muerto. Ángel por supuesto no está y el suegro sigue en su sitio.

Llegamos ante la plancha metálica del fumigador e indico a mi hermano que tome un camino de tierra. Los agujeros en el pecho son claramente de perdigones de caza, y el bollo en la frente puede ser de una pedrada. ¿De quién?... Voy a hablar con esos niños gitanos que aún están junto al tractor. El Alpine es bajo y no puede ir rápido por la tierra. Con mi moto ya habría llegado a lo alto de esa colina. Los niños nos miran al sentir que nos acercamos, se ponen nerviosos. ¿Por qué?...

Dos de ellos vienen corriendo. Bajamos las ventanillas y nos acompañan hasta el resto del grupo, diciéndonos excitados que no saben lo que le pasa. El más pequeño está llorando.

Descubrimos a Ángel tumbado de costado sobre la tierra. Tiene los ojos cerrados y está muy pálido. Todos hablan a la vez. Sólo entiendo a Charly, el hijo de Manuel, que nos dicen que han ido al buscar al médico del pueblo. Acaricio la cabeza de Ángel.

−iÁngel!... ¿Me oyes?... ¿Estás bien?

Siento algo húmedo y tibio en la palma de la mano. Coloco

a Ángel boca arriba y veo que está sangrando de una herida en la frente. Charly se me acerca mucho y me habla preocupado.

—iHe sido yo, le he tirado una piedra!

Me enseña la piedra, muy grande para un niño.

Pongo mi oreja en la boca de Ángel y mando callar a todos de un grito. Oigo que respira.

—¡Está vivo! —Miro a mi hermano—. Tenemos que llevarlo a un hospital.

Uno de los niños anuncia que ve llegar a lo lejos el todoterreno con el médico. Charly está a mi lado, inclinado hacia Ángel. Parece muy impresionado. Le pregunto sin agresividad:

- -¿Por qué le has tirado una piedra?
- —Parecía que venía a vacilarnos... estaba harto y le he tirado a la cabeza. Pensé que no le había hecho daño porque siguió hablando tan normal.
 - −¿Y qué os ha dicho?

Me responde con pena:

-Que se iba. Y me ha dado su cartera. iMira!...

Me enseña la cartera de piel de cabra manchada de sangre reciente.

—Dice que la ha encontrado esta mañana en su coche. Nos ha pedido perdón, que lo siente mucho porque no buscó bien y pensó que se la habíamos robado.

Abro la cartera. Contiene un grueso fajo de billetes. Se la

devuelvo.

- —Y luego se cayó al suelo, de repente. Dijo que lo enterráramos debajo del tractor y que tiráramos su coche por un terraplén.
 - $-\dot{\epsilon}$ Y eso?...
 - —Pa que no me metan en la cárcel. ¿Me va a pasar algo?
 - −No, Ángel se va a poner bien.

Llega el todoterreno conducido por un niño gitano. Al lado viaja el médico, que se baja corriendo y se acerca a explorar a Ángel. Le levanta un párpado y le toca el ojo con la yema del dedo. No reacciona.

—Hay que llevarlo urgentemente al Vitoria.

Entre todos los tumbamos en el asiento trasero de su propio coche. Alberto se pone la volante, el médico al lado y yo junto a Ángel, detrás. Charly entra también, nos quiere acompañar. Le abrazo y le susurro:

—Ángel ha tropezado y se ha dado contra una piedra del suelo. ¿Vale?

Charly afirma con la cabeza. Le doy un beso y cierro la puerta. Arrancamos a toda velocidad. Este coche es aún mejor que mi moto para correr sobre tierra. Antes de coger la carretera saco la cabeza por la ventanilla para ver, perfectamente, la pedrada de Charly en la frente del enorme ángel de hierro. El disparo de Patricio en el pecho sólo son agujeros incoloros por

los que sopla el viento. Ahora me doy cuenta de que aquel animal de campo era inofensivo para Ángel.

Bajo la cabeza y lo contemplo. Acaricio sus facciones, sus ojos cerrados, su nariz, sus labios y le meto mi dedo corazón en la boca. Toco su lengua húmeda, caliente, y las paredes rugosas de su paladar mientras siento por mi dedo el paso de su respiración. Cierro los ojos para imaginarme su cueva y sólo me viene la imagen del reflejo de su cara en una taza de café. Es todo lo que he podido ver de ese océano negro que guarda en su cabeza. Una complicada cafetera de litro y medio. Ése es su punto débil.

-iSiempre falta luz!

El médico se vuelve al oírme.

- –¿Cómo dices?
- —Los gitanos me han dicho que tropezó y se dio con la cabeza contra una piedra.

Alberto apoya mi versión.

—Ha tenido muy mala suerte.

Sin darme cuenta ya hemos dejado atrás los campos rojos y comenzamos a subir la sierra. Es otro mundo. Bruma, árboles en otoño, vegetación desordenada y sin marcas humanas. Una magia distinta, más íntima, llena de pliegues y rincones. Reconozco en la garganta esta atmósfera de miedo antiguo, infantil. Veo a un cazador arrastrando de los pelos a una guapita llena de

agujeros de aire y vomitando perdigones. Una imagen para olvidar y dejarla allí, enganchada entre ramas de árboles.

19 de noviembre

He pasado la noche en el hospital sentada en una butaca de skay gris, velando a Ángel, que aún no ha recuperado la consciencia. Le han hecho mil pruebas y no han encontrado nada. Mi hermano ha atendido a la policía. Nadie duda de que ha sido un accidente. Por fin me duermo cuando empieza a amanecer.

Abro los ojos y veo al tío de Ángel que me indica, con un gesto sereno, que siga durmiendo. Lo intento, estoy agotada.

Su tío es el jefe de la empresa de fumigación. Le conocí anoche y me impresionó comprobar cuánto quiere a su sobrino.

Tiempo más tarde, incalculable, me despiertan las voces de mi hermano y Ángela. Habrán venido en el Alpine. Oigo que el tío de Ángel les cuenta que el médico ha pasado a primera hora de la mañana. Yo no me he enterado. Abro los ojos y me desperezo. Me saludan con cariño. Eso me gusta.

El médico ha dicho que puede recuperar el conocimiento de un momento a otro. Luego tendrá que permanecer en observación durante algunos días.

Yo miro hacia Ángela y Alberto. Insisto en pensar que hacen una buena pareja. Creo que mi hermano está realmente enamorado. Ángela se acerca a Ángel y le da un beso en la mejilla, le acaricia con ternura, y se vuelve hacia mí. Me sonríe. Yo la saludo tontamente con la mano, como hice ayer por la mañana ante la puerta del cuatro de Alberto. Se acerca a mí y me pregunta confidencial-mente:

- –¿Puedo hablar contigo?
- -Claro.
- -Vamos fuera, al pasillo.

Salimos las dos de la habitación. Me tomo un café de máquina mientras Ángela me habla con un encanto y una dulzura que me conmueven. Se disculpa primero por la escena de la ducha, que fue casual. La creo.

- —No lo buscábamos, él pensaba que eras tú la que se estaba duchando tras las cortinas. Entró y... cuando nos encontramos así, juntos... no pudimos evitar hacerlo. Los dos lo estábamos deseando hace tiempo.
 - -Estáis enamorados. Él también te quiere, ¿verdad?

Vuelvo a ver esa expresión tímida y dulce de Ángela que conocí un día de sol en medio del campo.

—¿Por qué me preguntaste si estaba enamorada de mi marido?

Debería responder que no entendía que estuviera casada con Patricio; a un bruto como él sólo se le puede tener como amante. Pero no respondo, como tampoco lo hizo ella.

- —Estoy enamorada de Ángel, igual que tú —me dice sonriente.
- —Igual no, yo soy una caprichosa, tengo mucho vicio. Pero con Ángel ha sido distinto, es lo más importante que me ha pasado en la vida. Estoy loca por él.
 - −Y él por ti.
 - -¿Cómo lo sabes?
- —Aquella noche fui al bar a buscar a Ángel. Pero me lo encontré distraído, pendiente de ti. Estaba deseando dejarme para irse contigo. Me preguntó si te conocía. Le dije que sí, y que sabía que tú eras la amante de mi marido.

Yo bajo la cabeza y respondo mirando al suelo:

- -Nunca me enamoré de Patricio, ni él de mí.
- -Pero en la cama era como un animal.

Levanto la cabeza y sonrío, asombrada, a esta hermosa mujer. Le cuento que Patricio tenía celos de Ángel, por las dos. Ella ya lo sabía.

Nos miramos sonrientes, disfrutando de lo que nos pasa, sin celos ni reproches, como si cada una hablara de su hermana pequeña. iSi nos hubiéramos conocido más!... Seguro que yo habría ido la entierro de Patricio, encantada. Y Ángel también. Me vuelve una vieja pregunta, nada que ver con el rayo...

—¿Tú crees que Ángel disparó contra Patricio en la cacería del maizal?

- -No.
- –¿Cómo lo sabes?
- -Lo sé perfectamente. Lo sé mejor que él.

Me gustaría saber algo más. En fin...

- -También creo que tú le puedes ayudar, mejor que yo.
- -No te entiendo.
- —Ángel ha estado en un psiquiátrico, ¿lo sabías?...
- —Sí —en realidad, no, pero es lo mismo, me encaja—. ¿Cuándo?
 - -No importa, ya te contará él.

Sale Alberto de la habitación, muy sonriente.

—iSe está despertando, voy a llamar al médico! —y desaparece con prisa doblando una esquina del pasillo.

Cojo a Ángela de la mano.

- -iVamos!
- -iEspera! Yo no entro.
- -¿Por qué?
- —¡Mari, está clarísimo! No se me ocurre nadie mejor que tú para Ángel.

Me sonríe y nos miramos en silencio. Los ojos se le empiezan a empañar de lágrimas y yo la abrazo, y la beso mientras llora en mi hombro. Estoy sobrecogida. ¿Es posible lo que me está pasando?... ¿Llegaré algún día a ser como Ángela?

Se abre la puerta de la habitación de Ángel y su tío sale al

pasillo.

—Se acaba de despertar. Quiere verte.

Le pregunto en voz muy baja, para que Ángel no pueda oírme:

–ċA quién?

Ángela me habla al oído mientras me empuja con una mano hacia la puerta.

-A ti.

Entro en la habitación, tímida, si estar segura de ser yo a la que espera. Ángel se incorpora un poco al verme y me mira son-riente. Luego oigo a mis espaldas que se cierra la puerta. Me quedo así, pequeña, esperando una muestra de aprobación.

-Es un sueño que estés aquí -me dice suave.

Lo miro con la expresión iluminada y me acerco a él.

- -Te voy a querer muchísimo.
- -Nos vamos a ir muy lejos, ¿verdad?

Sonrío.

- -iBuf!... iLejísimos!
- −iEspera, espera!...

Tras decir esto desaparece, con la mirada perdida en el vacío de su cafetera. No entiendo, aún no he vivido lo suficiente.

-Ángel, ¿qué te pasa?... ¿qué hago?

Entran el médico y su tío, tranquilos, sin prisa.

-Parece ido, no tiene expresión.

Su tío me contesta sin preocuparse lo más mínimo.

-Tranquila, son sus ausencias. En seguida estará aquí.

Una montaña es siempre una montaña. ¿Tiene importancia que no lo entienda del todo?... Supongo que esto pertenece a ese paquete de cosas que no sé, y con las que tengo que cargar. Miro hacia el pasillo por si veo a Ángela. No está, tampoco mi hermano. Se habrán ido juntos a su casa, a vivir.

Tomo la mano de Ángel y le miro al fondo de los ojos. (¿...?) ¿Algún inconveniente más para subir la montaña?... No tengo nada mejor que hacer así que... ¡allá voy!

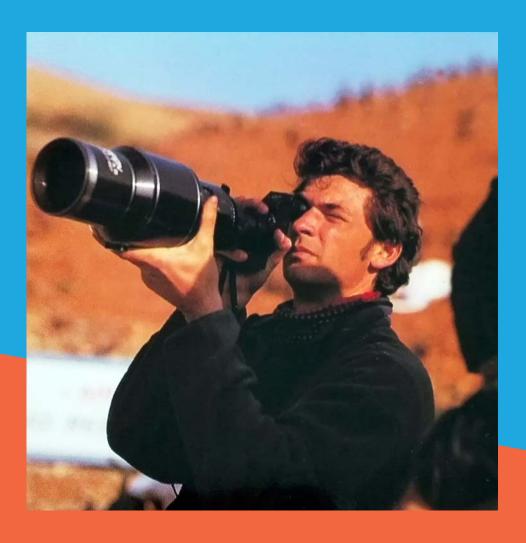
25 de noviembre

Estas líneas son para poner fin a mi diario. Se lo voy a dedicar a Ángela. Dentro de quince o treinta años lo leeré, no antes, y quizá decida volver a escribir cualquier otra cosa. Ya no sé por qué razón he de ser una escritora de éxito. Se me ha olvidado.

Estamos en Portugal, recorriendo la costa con su todoterreno. El paisaje de esta zona es bastante llano.

—¡Hummm... qué bien huele el mar! ¡No hay nada mejor!

FIN



www.juliomedem.org









© Textos: Julio Medem, 1997.

Diseño y maquetación: Alberto Marroquín, 2016.

Fotografía de Julio Medem: Teresa Isasi

Diseño de la portada basada en el cartel original de la película, obra de Óscar Mariné.